

# PRESENCIA DE TENERIFE EN LA POESIA DE GUIMERA

P O R

JOSEP MIRACLE

Del Instituto de Estudios Canarios.

*Para la ciudad de Santa Cruz de Tenerife,  
que supo conquistarme, y a la que no alcanzo  
a igualar en cordialidades.*

Quizá resulte difícil encontrar otro ejemplo de poeta, y de gran poeta, con menos apego a la gloria personal, con ambición más limitada, como en Angel Guimerá. Toda la ambición de Guimerá se cifraba, no en *ser* poeta o dramaturgo, o en *querer ser* un buen poeta o dramaturgo, sino sencillamente en *poder ser* útil a la colectividad. Las distintas facetas de su producción responden a ese íntimo y peculiar sentido. La poesía, la tragedia, el drama, la comedia, el teatro lírico y, naturalmente, los discursos, no pueden ser considerados como aspectos consecutivos de la orientación que Guimerá diera a su producción, sino como las sucesivas aportaciones al romántico movimiento llamado *Renaixença* y a tenor de las necesidades del histórico resurgir espiritual de Cataluña. Guimerá no creía en su propia gloria. Pese a la enorme popularidad que le brindó el teatro—no precisa recordar su famosísima *Terra baixa*—, pese a haber llegado a ser el autor más universal de España—es todavía hoy el más traducido y a más idiomas—, y pese a gozar de la gloriosa e incómoda significación de Hombre-Símbolo de Cataluña, Guimerá murió con el conven-

cimiento de que la posteridad no tendría por qué ocuparse de su persona y de sus escritos.

Fué, el suyo, un grave error; no ya porque es harto sabido que la posteridad ha debido ocuparse de su persona y de sus escritos, sino porque, al rehuir dar aclaraciones o suministrar datos biográficos a cuantos escritores le interrogaron, dejó en pura incógnita muchos aspectos de su vida y de su obra. De ahí que, a los ocho años de la muerte de Guimerá, un escritor no catalán, Francisco Caravaca, levantara un acta de acusación a Cataluña<sup>1</sup> achacando a puro desinterés u olvido lo que en gran parte era falta de información autorizada<sup>2</sup>. De ahí también la necesidad de interminables búsquedas documentales tanto para rellenar las lagunas derivadas del silencio del poeta como para restituir a los cauces de la verdad histórica todo cuanto había desbordado en el campo de la leyenda. En esa tarea invertí no menos de doce años, y a los trabajos resultantes<sup>3</sup> deberé remitir al lector curioso o que precisare de mayor información que la que permiten los límites del presente trabajo.

La índole genuinamente catalana de la poesía de Guimerá, y en algunos casos de un "catalanismo un tanto feroz y militante" según expresión de Menéndez y Pelayo<sup>4</sup>, no sólo resulta curiosa, en un poeta

<sup>1</sup> "Acusamos someramente a Cataluña—a los escritores catalanes—de no haber historiado debidamente la vida y la obra de uno de sus mejores poetas, hacia el cual ha dado muestras de sentir tanto afecto." Francisco Caravaca: *Angel Guimerá, poeta de Cataluña*. Ed. Maucci, Barcelona (s. a.), pág. 12, nota 1.

<sup>2</sup> Hay que advertir, de todos modos, que en las postrimerías de la vida de Guimerá existía, realmente, un cierto desinterés en las esferas intelectuales catalanas a propósito de un poeta que llegó a ser el más representativo de su época. En Guimerá—¿por qué no?—se produjo también el fenómeno—tan constante, tan humano, tan insoslayable—por el que las nuevas promociones desvalorizan prematura y olímpicamente a los maestros de la generación precedente. En el caso de Guimerá, el referido fenómeno alcanzó todavía mayores proporciones por razón de la rápida evolución de las ideas estéticas operada en el primer cuarto del presente siglo: el modernismo, el novecentismo y los demás *ismos* surgidos de la conflagración europea de 1914-1918, cada uno decretando patente de caducidad al inmediatamente anterior y todos a una desechando lo imperante hasta fines del siglo XIX.

<sup>3</sup> Josep Miracle: *La leyenda y la historia en la biografía de Angel Guimerá*, traducción del original catalán inédito por Isabel Segura Castellví, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna de Tenerife, 1952.—Ibid.: *Guimerá*, Editorial Aedos, Barcelona, 1958.

<sup>4</sup> En carta a Guimerá fechada en 16 de marzo de 1888. Véase Angel Guimerá: *Epistolari*, recull i anotació per Enric Cubas i Oliver, Editorial Barcino, Barcelona, 1930, pág. 79.

que no era racialmente catalán<sup>5</sup> ni había nacido en Cataluña<sup>6</sup>, sino que plantea un problema del más alto interés: el proceso de transición canario-catalana de Angel Guimerá, ¿fué anterior o posterior al despertar a las emociones literarias? En el primer caso cabría imaginar que el período de aclimatación a la nueva tierra y a la nueva lengua se habría verificado durante la niñez del poeta; en el segundo, precisaría admitir la existencia de una etapa más o menos dilatada de indecisión, de íntima lucha, el hombre y el poeta estando sujetos a las encontradas influencias de la lengua materna—castellana—y de la lengua ambiental—catalana—, con el inevitable estadio intermedio de bilingüismo.

De ser aplicable al poeta la frase de Josep Pla “los escritores románticos hablan siempre de sí mismos”<sup>7</sup>, las anteriores incógnitas se hubieran despejado mucho antes de la muerte de Guimerá, pues él mismo habría dado la clave. Pero Guimerá no era hombre que hablase constantemente de sí mismo, ni tampoco, como hemos visto, que alentase a que de sí se hablara. De ahí que, ante la digamos curiosidad sobre si habría o no habría existido un período de indecisión en cuanto al idioma a utilizar para sus menesteres literarios, dióse por sentado el primer supuesto; es decir, que no hubo tal indecisión ni pudo haberla, por cuanto Guimerá habría sido traído a Cataluña “antes de cumplir los siete años”, según rezan un gran número de notas biográficas.

Es de notar, sin embargo, que en el año 1832 hubo una cierta posibilidad para salir al paso de la fórmula acomodaticia y admitir la veracidad del segundo supuesto. Trátase de una semblanza de Guimerá escrita por Joan Sardà en la que, presentándola como dato curioso y sin atribuirle más importancia, se daba la noticia de que, “según amigos indiscretos”, Guimerá guardaba dos tomos manuscritos de poesías castellanas correspondientes a la época de su aprendizaje literario<sup>8</sup>. Ignoro cómo fué recibida la noticia en aquellas fe-

<sup>5</sup> Era hijo de catalán y tinerfeño. Su padre, Agustí Guimerà i Fonts, era natural de Vendrell, provincia de Tarragona; su madre, Margarita Jorge Castellano, nació en Santa Cruz de Tenerife.

<sup>6</sup> Como es bien sabido, Angel Guimerá era natural de Santa Cruz de Tenerife.

<sup>7</sup> Josep Pla: *Rusiñol i el seu temps*, Editorial Selecta, Barcelona, 1955, pág. 17.

<sup>8</sup> Joan Sardà: *Angel Guimerà*, en *Obres escollides de...*, I, serie catalana, Barcelona, 1914, pág. 94.

chas; imagino que no debió causar ninguna sorpresa, siendo un hecho corriente que muchos escritores catalanes, incluso entre los más significados por sus ideas regionalistas, se producían en ambas lenguas: la catalana y la castellana.

El hecho cierto es que la noticia dada por Sardà no trascendió, y José Yxart, que prologó el volumen *Poesies* de Guimerá, no hizo alusión alguna a ella. Cabe decir que Yxart, en su enjundioso estudio, partía, no de los años de aprendizaje del vate, sino del poema que señala el inicio de la plenitud del poeta, *Indíbil i Mandoni*, galardonado con un accésit en los Juegos Florales de Barcelona de 1875.

Sepultada la noticia de Sardà en los anaqueles menos solicitados de las bibliotecas públicas, y la moderna crítica partiendo del estudio de Yxart, se comprende perfectamente que por espacio de medio siglo no fuese sospechada la existencia de un problema fundamental en la historia humana y en la historia literaria de Angel Guimerá. Y asimismo se comprende que, aceptado el criterio de que la expatriación de Guimerá se había efectuado antes de cumplir éste los siete años, pocas serían, y confusas, las huellas que de Santa Cruz de Tenerife existirían en su obra poética. Pero las huellas existen: unas, realmente, confusas; otras, ostensibles y casi diría indelebles. Las primeras corresponden a la poesía catalana; las segundas, a la castellana, cuyas composiciones han permanecido prácticamente ignoradas por ser, en una abrumadora mayoría, hasta hoy día inéditas<sup>9</sup>. A aquéllas me referiré en primer lugar; a éstas dedicaré preferente atención en el presente trabajo.

#### POESÍA AUTOBIOGRÁFICA CATALANA.

Muy a grandes rasgos precisaré los hechos. Angel Guimerá y Jorge nació en Santa Cruz de Tenerife y en la entonces llamada calle

<sup>9</sup> Enric Cubas incluyó una bajo el título *El llanto de Elena* en el *Epistolari* de Guimerá citado; en mi trabajo *La poesía castellana de Angel Guimerá* ("Gánigo", Isla de Tenerife, núms. 7 y 8, 1954) se publican por vez primera *Las Islas Fortunadas*, *Al Teide*, *Desengaño*, *Epigrama* y *A D. H.* En mi biografía *Guimerá* se publican *La cautiva*, *Calipso*, *Napoleón Bonaparte*, *España libre*, *A mi amigo S. Jaime Ramón* y *A un corazón de hielo*. Las demás que se incluyen en el presente trabajo se publican asimismo por vez primera.

de Canales<sup>10</sup> el día 6 de mayo de 1845. Su padre, Agustín Guimerá y Fonts, residía en la Isla desde el año 1829, y aunque el padre de éste, su abuela y su madre le habían testamentariamente designado heredero universal, no sentiría acuciantes deseos de reintegrarse a la casa solariega de Vendrell (provincia de Tarragona) a juzgar por el creciente impulso que daba a sus actividades comerciales. En 1852, al iniciarse una era de prosperidad santacrucera por razón del régimen de puerto franco y recién matriculado Agustín Guimerá como fabricante de pastas para sopa, asuntos urgentes le reclamaron en Vendrell. La consecuencia importante de ese viaje fué determinar instalarse definitivamente en Cataluña, a donde debían reunírsele su esposa y sus hijos Angel y Julio. El éxodo tuvo lugar en 23 de diciembre de 1853. El futuro poeta contaba, pues, ocho años y medio cuando, a bordo del "Guadalquivir", vió desaparecer su patria de origen, Santa Cruz de Tenerife. En Cádiz trasbordó, y, pasajero del "Duque de Riánsares", alcanzó el puerto de Barcelona a la medianoche del 10 de enero de 1854, tras una travesía caracterizada por serios temporales y algunos naufragios. El mar le causó tal horror que jamás volvió a embarcarse. De ahí que no regresara en su vida a Santa Cruz de Tenerife.

Doña Margarita Jorge alentó en su hijo Angel las ilusiones literarias, apartándole en cierto modo de la senda comercial señalada por el padre. En cualquier momento Guimerá podía decir que cuanto literariamente era, fuese simple aficionado, fuese ya *Mestre en Gai Saber*, a su madre en primer lugar lo debía. Se idolatraban mutuamente. Y ese amor idolátrico explica el inenarrable desespero de Guimerá cuando en 6 de diciembre de 1883 doña Margarita Jorge murió casi repentinamente. De este hecho arranca, según Yxart, la poesía autobiográfica de Guimerá. "Cualquier poeta—dice—tiene su sentimiento privado que le inspira y le transforma. El de Guimerá ha sido el amor filial. Huérfano de padre, hijo único<sup>11</sup>, la madre era todo para él, como él era todo para su madre. Y, en su carácter reservado y taciturno, la repentina muerte de la santa mujer, la absoluta sole-

<sup>10</sup> Hoy calle de Angel Guimerá.

<sup>11</sup> Lo era en aquel momento, pero no en el sentido que parece indicar Yxart. Guimerá tuvo un hermano, Julio, que murió en Santa Cruz de Tenerife en 10 de febrero de 1867.

dad en que le sumió, a él, ya por naturaleza abstraído y triste, hicieron brotar aquellos nuevos manantiales de poesía en los que cualquier simplicidad parece poca, temerosa del artificio, y cualquier obra de arte no sentida, pasatiempo pueril. La pasión por la verdad, rompiendo el molde de escuelas y dogmas, exacerbóse; enmolleciose su íntima y vehemente ternura; ennegreciose todavía más la propensión a lo fúnebre... Y al igual que el náufrago, de quien se dice que por misteriosa ley psicológica en las convulsiones de la muerte recuerda detalles de su infancia... así los recuerdos infantiles reaparecen en la memoria del poeta con detalles de una nimiedad conmovedora”<sup>12</sup>.

Si de una parte se retienen los conceptos emitidos por Ildefonso Maffiotte: “El recuerdo de su madre era una obsesión; y ese recuerdo lo amasaba, lo confundía con la tierra; para Guimerá, Tenerife y la madre eran la misma cosa amada y lejana”<sup>13</sup>, y de otra no se olvida el testimonio de José Manuel Guimerá Gurrea, según el cual “en el mundo confuso de sus recuerdos de niño quedaron grabadas para siempre algunas estampas del viejo Santa Cruz por las que siempre me preguntaba”<sup>14</sup>, la verosimilitud de la afirmación de Yxart en cuanto al punto de arranque de la poesía autobiográfica de Guimerá parece ser tan incontestable, como incontestable la presencia de Santa Cruz de Tenerife en los poemas escritos por Guimerá como sentimental consecuencia de la muerte de su madre. Precisa dividir tales poemas en dos grupos. Los más directamente afectados por el fallecimiento de Margarita Jorge están compilados bajo el epígrafe común de *Tristes* e individuados con tres asteriscos a guisa de título; estos poemas son puras expansiones filiales de nostalgia, de muy escaso valor para el biógrafo, salvo en cuanto a la época y al momento del desembarco en Barcelona, expresados en el octavo poema de la colección:

<sup>12</sup> Josep Yxart, prólogo a *Poesies* de Angel Guimerá, Barcelona, 1887; cuarta ed., págs. 58-59.

<sup>13</sup> Ildefonso Maffiotte: *Guimerá: el dramaturgo y el poeta*, “La Prensa”, Santa Cruz de Tenerife, 20 julio 1924.

<sup>14</sup> José Manuel Guimerá: *El sentimiento de la tierra: Angel Guimerá*, en *Ensayos*, Círculo de Bellas Artes, Santa Cruz de Tenerife, 1951.

Sembla ahir, i fa trenta anys!  
 Lo mariner cridà: terra!,  
 i la mare em va besar  
 i em va dur a la coberta.

Era al punt de mitjanit;  
 a l'entorn tot era negre<sup>15</sup>

.....

etcétera. Los poemas que se refieren a la infancia del poeta constituyen entidades independientes, sin conexión entre sí, y responden a los títulos *Nit de Nadal*, *Records*, *De la infantesa* y *Als cinc anys*<sup>16</sup>.

Aunque sea probabilísimo, no podrá asegurarse de una manera indudable que sean sólo esos cuatro poemas los escritos por Guimerá en relación con los años de su infancia. Siempre convendrá tener presente el exigente sentido de autocritica que presidió la confección del volumen *Poesies*, no ya delimitando su contenido a lo producido entre 1870 y 1887, sino desechando sin titubeos una gran cantidad de composiciones inéditas y otra no menor de publicadas en un regular número de periódicos y en el espacio cronológico comprendido en aquellas mismas fechas. Ello indica que Guimerá consideraba aquellos cuatro poemas de algún valor, y no sólo en el terreno afectivo. También Yxart les dió beligerancia, y por los motivos apuntados, de los que conviene resaltar lo de estar escritos "con la pasión por la verdad" y "con detalles de una nimiedad conmovedora".

La ternura en unos, la nostalgia en otros, los detalles realistas en todos, dan a aquellos poemas todo el carácter de la veracidad, inalienable en las auténticas evocaciones. Y evocaciones son, sin duda alguna. Pero no en el sentido que indicaba Yxart y ha sido aceptado sin vacilaciones por cuantos han saboreado los poemas antes indicados. Como ya señalé en otro lugar<sup>17</sup>, examinados a la luz de las precisiones biográficas actuales, aquellos poemas no retrotraen a la infancia canaria de Guimerá en el sentido histórico, sino a una infancia ficticia, poética, subjetiva, una infancia que se compuso el poeta

<sup>15</sup> "¡Parece ayer, y han transcurrido treinta años!—El marinero gritó: ¡tierra!—y mi madre me besó—y me llevó a cubierta.—Era justo medianoche;—en torno era todo negro."

<sup>16</sup> "Nochebuena", "Recuerdos", "De la infancia", "A los cinco años".

<sup>17</sup> Josep Miracle: *Lo autobiográfico en la poesía de Angel Guimerá*, "Revista de Historia", La Laguna de Tenerife, 1949, núms. 86 y 87.

mixtificando habilísimamente las sensaciones por sí vividas en Tenerife y las por sí observadas en Vendrell. No responde la afirmación a la ausencia de elementos exóticos—exóticos para los catalanes, naturalmente—en la fauna, por ejemplo, cual los camellos; o en la flora, por otro ejemplo, cual el drago; todos los elementos accesorios, e incluso los escenarios que los contienen, resultan de filiación vendrellense. No. La afirmación responde principalísimamente a la patente contradicción que se observa entre la realidad poética y la realidad histórica de la infancia de Guimerá.

Véamos unos ejemplos. Cuando el poeta dice en *De la infantesa*

Lo record que més me plau  
de la dolça mare mia  
és lo de les nits d'hivern  
en què en sa falda em dormia <sup>18</sup>,

es indiscutible que evoca una vivencia santacrucera, pues sólo en Canarias Guimerá estaba en edad para dormir en el regazo de la madre. Es, la transcrita, la primera estrofa, y precediéndola un título tan concreto cual *De la infancia*, es lógico esperar otras evocaciones indiscutiblemente tinerfeñas en las estrofas siguientes. Sin embargo, en la cuarta estrofa aparecen elementos extraños a Tenerife:

Enfora a l'udol del ca  
la síbeca responia,  
i el vent o el Mal Caçador  
les finestres empenya <sup>19</sup>.

El *Mal Caçador* es un personaje legendario de raigambre pirenaica, del que existe una versión mallorquina, *El Comte Mal*. Esa versión mallorquina puede admitir la posibilidad de otra canaria, de la que no tengo ninguna idea. De existir, lo más probable es que la legendaria figura será o sería designada en Tenerife con nombre distinto al catalán y al balear, lo que a fin de cuentas no desvirtuaría la presencia de ese *Mal Caçador* pirenaico como elemento extraño a la evocación santacrucera del poema. Y casi cabría decir *desgraciadamente*,

<sup>18</sup> "El recuerdo que más me place—de la dulce madre mía—es el de las noches de invierno—en que en su regazo me dormía".

<sup>19</sup> "Al exterior, al ahullar del perro,—la lechuza respondía—y el viento o el *Mal Caçador* (lit. el Mal Cazador)—las ventanas empujaba".



porque es éste el único elemento extraño del poema; en las demás estrofas se describe el estadio precursor al sueño bajo las imprecisas y contradictorias sensaciones derivadas de la sucesión de imágenes del libro que hojeaba la madre, preso ya el protagonista en el dulce mecer del seno materno.

En *Als cinc anys*—y el título es asimismo una promesa tinerfeña: *a los cinco años*—la evocación infantil tiene tanta ternura condensada que parece imposible ser escrita sin traducir una real vivencia. En esa estampa de los años dígitos, muy digna de figurar no sólo en todas las antologías poéticas de Guimerá, sino en otras más generales de poesía catalana, se describen las impresiones de la primera—y prematurísima—confesión.

Cosit a l'àvia seguia  
balb de fred i endormiscat...<sup>20</sup>.

Así empieza. Todo podría ser exacto, exactísimo: el andar somnoliento camino de la iglesia; el portazo, tan admirablemente—e infantilmente—relacionado:

Entràrem, i la portella  
al tancar-se donà un cop  
lo mateix que l'arca vella  
quan hi desaven l'arrop<sup>21</sup>;

la oscuridad, sembradora de temores; el cosquilleo de la barba rasurada del confesor—aludido simplemente como *un hombre*—aplicada a la tierna mejilla; incluso los antagónicos conceptos conducentes a una lógica conclusión infantil:

I mig cluc, guaitant sa cara,  
creia en dos déus lo meu cor:  
l'un que era el déu de la mare,  
i l'altre el del confessor<sup>22</sup>.

Sí; todo podría ser exacto, exactísimo, de no ser un detalle que se opone a admitir la veracidad histórica de la anécdota: la presencia

<sup>20</sup> "Cosido con mi abuela andaba—entumecido y medio dormido".

<sup>21</sup> "Entramos, y el portillo—al cerrarse golpeó—al igual que la vieja arca—cuando ponían en ella el arropo".

<sup>22</sup> "Y mirando su cara con los ojos medio cerrados—mi corazón creía en dos dioses:—uno era el dios de mi madre,—y otro el del confesor".

de la abuela, esa bendita abuela concretamente mencionada en cinco estrofas. Pues se da el caso que la abuela, la abuela materna—única posible en Santa Cruz de Tenerife—, doña María Antonia Castellano, había muerto en 26 de enero de 1833, doce años antes del nacimiento del poeta.

En *Nit de Nadal* se nos ofrece una acabada estampa hogareña de indiscutible factura canaria. En Cataluña, la *Nochebuena*—tal es la traducción exacta del título—tiene unas características tradicionales distintas a las canarias. El ágape de solemnidad no es una cena, la de la noche del 24 de diciembre, sino un almuerzo, el del mismo día de Navidad, 25. Los primeros versos aluden a esa cena de Nochebuena:

Jo vull la taula parada  
com en temps en què era nin <sup>23</sup>,

es decir, como cuando residía en Santa Cruz de Tenerife. Luego puntualiza la distribución de los comensales familiares en torno a la mesa, y lo hace con la exactitud de una pintura—mejor diría de una fotografía—, cada persona presentada en el lugar que en la lejana realidad seguramente ocupara:

Poseu en un cap de taula  
la cadira del padrí,  
i en l'altre cap la del pare,  
i la de la mare al mig.

A vora d'ella la trona  
de mon germanet petit;  
jo m'asseuré a l'altra banda  
com en temps que van fugir <sup>24</sup>.

Incluso es posible adscribir a cada uno de los comensales sus respectivos nombres y apellidos: el padrino sería el abuelo materno del poeta—*padrí*, en Cataluña y de un modo especial en los medios rurales (véase una influencia vendrellense), significa lo mismo *padrino*

<sup>23</sup> “Yo quiero la mesa puesta—como en los tiempos en que era un niño”.

<sup>24</sup> “Poned en un extremo de la mesa—la silla del padrino—y en otro extremo la de mi padre—y en medio, la de mi madre.—Junto a ella el sillón—de mi hermano menor;—yo me sentaré en la parte opuesta—como en los tiempos que huyeron”.

que *abuelo*—, Gregorio Jorge Castellano, cuya fecha de defunción no ha sido todavía precisada; el padre, Agustí Guimerà i Fonts; la madre, Margarita Jorge Castellano; el hermano menor, Julio Guimerà Jorge. Es de advertir un detalle importantísimo, y es que el hermano menor, Julio, sólo en Canarias estaba en edad de utilizar sillón a propósito para alcanzar la altura de la mesa. Y sin embargo, pese a tales minuciosas precisiones indiscutiblemente canarias, Guimerà sitúa la escena no en el marco canario al que lógicamente corresponderían, sino en el catalán, el vendrellense, que les es históricamente impropio. Amén de un *regreso* jamás efectuado y por las razones ya expuestas

—Sols vós i jo, la serventa,  
tornem al casal antic—<sup>25</sup>

y que invalidan en la segunda estrofa el tinerfeñismo de las anteriormente aludidas, el poema es en realidad una plañidera fantasía escrita bajo la impresión de la muerte de la madre del poeta. Dejemos lo de plañidera por lo que de profundamente humano expresa. Pero observemos que, en cuanto a fantasía, la maestría de Guimerà para mixtificar lo real con lo quimérico le dictó la siguiente estrofa biográficamente—históricamente—absurda:

Enceneu la llar dels avis;  
mig cremat hi ha un tronc de pi;  
l'últim dia que es va encendre,  
quan la mare va morir<sup>26</sup>.

Para dar idea del absurdo bastará recordar que Margarita Jorge, la madre del poeta, murió, no en la solariega casa de Vendrell—el vetusto caserón al que en la ficción regresa el poeta acompañado de una vieja sirvienta—, sino en un piso de vecindad, un piso acomodado de la barcelonesa calle de Pelayo, desprovisto de hogar y de troncos de pino para ser en él quemados.

No precisa detenerse en el poema *Records* porque no tienen nin-

<sup>25</sup> "Sólo vos y yo, la sirvienta,—volvemos a la vetusta casa".

<sup>26</sup> "Alumbrad el hogar de los abuelos;—hay semiquemado un tronco de pino;—el último día que ardió—fué cuando murió mi madre".

gún contacto—ni tan sólo aparente—con Santa Cruz de Tenerife. La infancia a la que alude el poeta no es la primera—tinerfeña—, sino la segunda—vendrellense—; la afirmación es válida tanto por el género de recuerdos que en el poema se evocan, como por una explícita—y veraz—manifestación del poeta:

Mon trepig en les llosanes  
trenta anys m'ha fet recular:  
companyons de la infantesa,  
de mi i vosaltres, què ha estat!<sup>27</sup>.

Como en el caso del fragmento señalado con la nota 15, los *treinta* años alcanzan al 1854, al del arribo de Guimerá a Cataluña.

El inquisidor de realidades queda algo atónito ante el auténtico confusionismo que se desprende de una producción conceptuada biográfica, y con mayor motivo si de antemano le es advertido que fué escrita con la “pasión por la verdad” y “con detalles de una nimiedad conmovedora”. Es probable—casi me atrevería a escribir es seguro—que Yxart, impresionado por lo de la nimiedad, creyera estar en lo cierto al proclamar aquella pasión, sin ocurrírsele inquirir del propio poeta—del que era amigo íntimo—mayores precisiones.

La pregunta, al fin, se impone: ¿fué Guimerá insincero al escribir de su infancia? No, porque no se había propuesto reflejarla en sus poemas. Estos no son estampas autobiográficas, sino simples creaciones poéticas. En la poderosa alquimia de su arte, manipulando sentimentales productos de aluvión, consiguió realizaciones que ofrecían el brillo de la más pura verdad objetiva. La verdad que se exacerbó en don Angel no fué, pues, la que dimanaba de los hechos reales, sino la verdad subjetiva, la que estaba más en lo profundo de su alma de poeta, traspuestos ya, al empuje de la fuerza creadora, los límites de su alma de hombre.

Creación; no confidencia. Tal es el valor de la poesía autobiográfica catalana de Guimerá en lo que a su infancia se refiere. De haberse percatado Yxart de que aquellos poemas eran sólo creación poética y no humana confidencia, tal vez en su estudio habría vertido otros conceptos menos sentimentales, más definitivos, al enjuiciar crítica-

<sup>27</sup> “Mis pasos sobre las losas—treinta años atrás me han puesto;—compañeros de la infancia—de mí y de vosotros, qué ha sido!”

mente la obra del poeta, subrayando todavía más su tan manifiesta admiración hacia el autor de *Poesies*.

Para el público, para la masa general de lectores, sin base para enjuiciar el grado de veracidad de aquel tipo de poesía, cuanto en ella se contiene era aceptado como artículo de fe. No sé si existiría algún curioso y sagaz lector catalán, o algún lector canario establecido en Cataluña o con algún conocimiento de la lengua catalana, que echara de menos algún que otro punto de referencia explícitamente tinerfeño en la poesía de Guimerá; alguna cualquiera de aquellas “estampas del viejo Santa Cruz” a que aludía José Manuel Guimerá Gurrea, o ver descollar en alguna estrofa al Teide, aunque sólo fuese como valor simbólico y representativo. La ausencia total de alusiones, no ya canarias, sino santacruceras, haría válida para todos los lectores la única explicación posible: la palidez de los recuerdos archivados en la memoria del poeta como lógica consecuencia de los muchos años transcurridos desde que fué expatriado de la bella Isla, hasta que la muerte de su madre agitó por así decir el poso tinerfeño que existía en las profundidades de su alma. La realidad, sin embargo, era muy distinta.

#### TENERIFE EN EL RECUERDO DE GUIMERÁ.

Sí; la realidad era muy distinta. Guimerá conservó hasta la muerte recuerdos inolvidables—y el adjetivo es suyo, como veremos—de Santa Cruz de Tenerife. Incluso puede afirmarse que sin lo azaroso de su viaje a Cataluña, sin los temporales que le hicieron temer por su propia vida, sin el invencible horror al mar que le produjeron, Guimerá hubiera realizado más de una visita a la ciudad que le vió nacer. Sentía la nostalgia del terruño. Familiares suyos residían en Santa Cruz, con los que estaba en constante relación epistolar. De Santa Cruz le llegaban regularmente paquetes de “gofio” que don Angel saboreaba con verdadera fruición<sup>28</sup>. De allí emanaban clamores de entusiasmo que el telégrafo y el correo transportaban en cuan-

<sup>28</sup> “Me he hallado con un aviso de correos para que mandara a recoger el gofio. ¡Bienvenido sea! La caja está ya en mi poder, y ya lo he probado. Es buenísimo y lo como con la misma afición de toda mi vida”, escribía el poeta a su tío Isidro Guimerá en 5 de enero de 1909. Véase *Epistolari* citado, pág. 233.

tas ocasiones sus grandes intérpretes—Enrique Borrás, María Guerrero—representaban su teatro en *su* teatro: el “Guimerá”<sup>29</sup>. De allí venían desconocidos amigos cuya tarjeta de presentación era el deje dulce del castellano de las islas, el que él habló, el que su madre hablaba; circunstancias todas que contribuían a mantener en él, a renovar en él el recuerdo y el amor a su patria de origen.

Ese recuerdo y ese amor los patentizó Guimerá en distintas ocasiones. Unas, por obligada razón de cortesía; otras, en la más diáfana espontaneidad. Serían ejemplo de las primeras la consabida cuartilla autógrafa solicitada por un periódico santacrucero<sup>30</sup>, en la que Guimerá declaraba: “Siento afecto profundo por la mujer canaria. Sus ojos, por donde su corazón se asoma, brillan con bondad inefable. Su voz es protectora y dulcísima y llega al fondo del alma. Al oíría, ¡cuántas veces se han humedecido mis ojos al recuerdo de mi madre!... Yo me inclino con veneración ferviente ante la mujer canaria como en presencia de una santa imagen.” O la carta con que Guimerá agradecía a Santa Cruz, en la persona de su Alcalde, la colocación de una lápida en su casa natal, a la que corresponden los siguientes párrafos: “Tinerfeña mi idolatrada madre, catalán mi bondadoso padre, mis amores son para esta Isla y su Capital, y para Cataluña, en cuyo idioma está escrita mi obra literaria. Agradecido, agradecidísimo quedo a tan alta consideración, y usted, en mi nombre, espero dará las gracias más efusivas a cuantos se interesaron por este humilde servidor, que no por hallarse ausente desde su niñez de la Isla que tiene por eterno vigía al soberano Teide en niveo capuchón, ha dejado

<sup>29</sup> En 30 de noviembre de 1899, Fernando Díaz de Mendoza escribía a Guimerá desde Las Palmas “habiéndole dado telegráficamente cuenta del estreno de su *Hija del Mar* en Santa Cruz”: “... La noche del beneficio de María, sobre todo, las manifestaciones de aprecio y entusiasmo excedieron a toda ponderación. El escenario repetidas veces se cubrió de flores arrojadas de palcos y butacas; tres carros de camelias trajeron de la Orotava para hacerle una alfombra; los palomares quedaron vacíos; las salvas de aplausos semejaban descargas de fusilería, y los atronadores “bravos” recordaban una manifestación catalanista en plena Rambla... Ya le adelanté a usted por telégrafo el resultado del estreno de *La hija del mar*, pero no pude expresarle en tan pocas palabras las verdaderas proporciones de su indiscutible triunfo. Habían venido a presenciar el acontecimiento artístico mucha gente del interior y de Las Palmas. Las localidades estaban vendidas en su totalidad desde las primeras horas de la mañana. El teatro estaba adornado con colgaduras como en función de gala”, etc. Carta inédita.

<sup>30</sup> “La Prensa”, en el año 1912. El autógrafa de Guimerá ha sido distintas veces reproducido por este y otros periódicos canarios.

por un momento de recordarla y 'añorarla'." O, por fin, el prólogo que Guimerá escribió para *La Casa* del poeta canario José Tabares Bartlett, en el que, tras evocar la conversación habida con el autor en Barcelona "sobre cosas de aquella tierra lejana, donde ambos hemos nacido, recordando costumbres y parajes y nombres peculiares de la Isla tinerfeña", escribía: "Y entonces sí que vi con admiración, con los ojos del alma, como entreabrirse los horizontes, surgiendo del mar la isla maravillosa del Teide, que venía hacia mí merced al caudal que iba manando de la fuente abundosa y transparente del poema, mezclado quizá con mis primeros recuerdos de la infancia y con lo que yo había oído contar a mis padres de aquellas tierras benditas donde no hay víboras, y de aquellos cielos de donde huyen las tempestades; que tiene aquellas playas salitrosas, negras y brilladoras, y aquellos molinos de viento esparcidos por doquier que yo veré siempre con sus brazos larguísimos revolotear, cuyas sombras al pie de sus torres que me parecían muy altas, unas veces se extendían y otras se acortaban en sus revueltas infinitas."

Vistas las afirmaciones corteses e incluso la evocación de algunas estampas para usar todavía de la imagen de José Manuel Guimerá, veamos las manifestaciones del poeta emitidas de un modo más espontáneo. Fueron hechas en 1924, unos dos meses antes de su muerte, y corresponde a don Leoncio Rodríguez el honor de haberlas conseguido. Don Leoncio Rodríguez era en aquellas fechas director del diario santacrucero "La Prensa". Y estando de paso en Barcelona, se propuso saludar a Guimerá, y fué a encontrarle en su "peña" de café. A las primeras palabras surgió lo que era general creencia:

"—Pero se acordará usted poco de nuestra tierra... ¡Tantos años ausente! ¡Tantos años separado de ella!"

A lo que Guimerá respondió tajante:

"—Sí; eso creen muchos; eso mismo me han dicho otros paisanos. Y no es así. Yo sigo considerándome tan isleño como el que más. Al fin y al cabo es mi tierra. Allí nací; allí recibí los primeros besos de mi madre. Allí pasé los mejores años de mi infancia... ¡Cómo olvidarme de todo esto si conservo recuerdos inolvidables? Todavía parece que estoy oyendo a mi madre! Se expresaba con ese deje dulce, amoroso, inconfundible, de las mujeres isleñas... ¡Ah, no sabe usted lo que me gusta oírlas hablar; oír su cadencia suave, armoniosa! Hace

poco estuvo en Barcelona una parienta, y me deleitaba oyéndola con versar. ¡Qué acento tan dulce, tan grato, tan espiritual, verdad?"

Hasta aquí, lo que podríamos llamar la comprobación de la afirmación de Maffiotte ya aducida: que para Guimerá, Tenerife y la madre eran la misma cosa amada y lejana. Y casi en lo último de la conversación, la declaración solemne: "Yo no olvido nunca que nací en Tenerife, y siempre que se ofrece proclamo muy alto que soy tan isleño como Galdós, mi excelente amigo y compañero. Él lo sabe también, y en mis cartas le digo siempre: 'Mi querido paisano'... Por cierto que una vez le advertía que no nos íbamos a poder tratar bien porque él y yo, uno de Las Palmas y otro de Tenerife, teníamos que ser 'enemigos'... Y don Benito se reía mucho. Al fin hemos terminado por tratarnos como buenos hermanos." Entre la evocación a la madre y la declaración de tinerfeñismo, la parte sustantiva de los recuerdos ocupa el centro de la conversación; y precisa advertir—aspecto importantísimo, puesto que revela hasta qué punto era exacto Guimerá al manifestar que guardaba recuerdos *inolvidables* de Santa Cruz de Tenerife—que, trastornando las bases de un interrogatorio periodístico y pasando el interrogador a interrogado, las estampas, los recuerdos, surgieron directamente evocados por el propio Guimerá:

"—Y diga usted—me pregunta—. ¿Todavía se viaja allí en camello? Porque en mis tiempos recuerdo ver los romeros montados en sendas angarillas, camino de la fiesta de la Candelaria... Resultaba muy pintoresco. ¿Y el bernagal?... ¿todavía se usa el bernagal, con su culantrillo y su agua fresca, cristalina?... ¿Y las vendedoras de pasteles?: ¿todavía bajan de La Laguna con el balayo y el farolillo?"

"El señor Guimerá, con una curiosidad que parece infantil, no cesa de hacerme preguntas. Y como una visión borrosa y lejana, van desfilando por su memoria las cosas del terruño: las arenas negras de la playa, los viejos altares de iglesia, el "gofío" y hasta los higos chumbos, frescos y lozanos de la Mesamota.

"—En Cataluña—me dice—los llamamos *figues de moro*; pero en ninguna parte los he comido como allí, secos y curtidos al sol... Yo, cada vez que oigo pregonar los *figues de moro*, me acuerdo de aquellos de mi tierra, grandes, dulces y sabrosos.

"Por último me pregunta por los adelantos que se han hecho en Santa Cruz, por sus calles, por sus alamedas, por sus barrios del Cabo



y los Toscales... ¿Todavía—me dice—se conserva la cruz de mármol en la plaza de la Constitución?...

"—Sí, señor. Ha habido algunos intentos para trasladarla a otro sitio; pero...

"—¡Que no la quiten, por Dios!—exclama don Angel"<sup>31</sup>.

Son esas cosas diminutas, esas nimiedades, las que evocaba Guimerá poco antes de su muerte. Las pequeñas cosas que en su infancia constituían su mundo, su vida: los pasteles de La Laguna, los higos chumbos de la Mesamota, las mujeres con el balayo y el farolillo, el bernagal y el culantrillo, los camellos y la fiesta de la Candelaria, las arenas negras de la playa, los molinos de viento. Desgraciadamente —y no es ningún reproche, ya tengo advertido que el interrogado había pasado a interrogador—, desgraciadamente, digo, Leoncio Rodríguez no hallaría ocasión para llevar a Guimerá al terreno propicio para que el poeta ilustrara las preguntas con algunas aclaraciones sobre lo que fué de su vida junto a las cosas por las que se interesaba. Y sin embargo, mucho y muy importante fué lo que Leoncio Rodríguez consiguió de Guimerá: lo bastante para desmentir que Tenerife se había borrado de la memoria del poeta y para asegurar la perdurabilidad de su tinerfeñismo.

Aclarado este extremo, ¿por qué, pues, Guimerá no introdujo en los poemas anteriormente aludidos algunas referencias a aquellas nimiedades que habrían dado más visos de realidad a sus evocaciones infantiles? En primer lugar, por las mismas razones ya expuestas: por tratarse más de creaciones que de evocaciones. Y en segundo lugar, por razón del idioma con que escribía, el catalán, al que muy probablemente, de habérselo propuesto, no habría sabido verter—espontáneamente y sin esfuerzo—voces como *bernagal* y *culantrillo* u otras análogas, no corrientes en el castellano que se habla en Cataluña.

Otra pregunta podría formularse: si a las postrimerías de su vida Guimerá tenía empeño en proclamar su origen isleño, ¿cómo siendo un gran escritor, y un gran escritor constantemente agasajado por sus coterráneos, no escribía algo, en prosa o en verso, en el teatro o al margen del teatro, acerca de Tenerife?; ¿no había cantado su

<sup>31</sup> Como es sabido, la cruz por cuyo traslado se alarmaba Guimerá está hoy emplazada en la plaza de San Telmo, en el barrio de El Cabo, tan querido del poeta.

coetáneo catalán el sacerdote-poeta Jacint Verdaguer al mismísimo Teide en su más famoso poema *L'Atlàntida?* Verdaguer cantó al Teide por razones contrapuestas a las de Guimerá. Aquél realizó distintos viajes a América, con escala en Tenerife, adscrito como capellán en uno de los navíos de la Compañía Transatlántica; éste no puso jamás el pie en un barco—se comprende: radicado ya en Cataluña—, ni para una travesía de tan poco alcance como para trasladarse de Barcelona a Palma de Mallorca.

También corresponde a Leoncio Rodríguez el mérito de aclarar este extremo. Su conversación con Guimerá tuvo efecto poco antes que en Santa Cruz se colocara la lápida en la casa natal del poeta. Preguntar, incluso indirectamente, si el poeta asistiría al acto, era casi obligado. Y don Leoncio preguntó:

“—¿Volvería usted, don Angel, a Tenerife?”

“Don Angel se muestra un poco confuso.”

La edad—setenta y nueve años—hubiera disculpado en Guimerá una respuesta negativa. Sólo Dios sabe si, de haberla dado, habría sido torcidamente interpretada. Tengo para mí que en la confusión de don Angel entraba por partes iguales el rubor de explicar el miedo que el mar le infundía y cuánto le pesaba no haber vuelto a Tenerife. Su respuesta fué:

“—Me gustaría ir—nos dice—. ¡Pero me cuesta tanto trabajo decidirme! Usted no sabe lo que me preocupa salir de Barcelona. Iría —añade—, no por el homenaje, que yo no soy hombre de vanidades, aunque no encuentro censurable que se tengan en algunas ocasiones, sino por la satisfacción que experimentaría recorriendo mi tierra (a mí me gusta caminar mucho), conociendo sus pueblos, viendo sus costumbres, quedándome alguna noche en campo raso para oír el habla de los campesinos, sus cantos, sus pasiones, sus odios... Y quisiera sobre todo contemplar el Teide, sentir alguna sacudida de la tierra, como aquellas de que tanto me hablaba mi madre, que tenía un oído finísimo para percibir los temblores...”

Lo que equivale a decir que lo que interesaba a Guimerá hombre era muy distinto de lo que había conocido Guimerá niño. Escribir desde Barcelona y tras tantos años de ausencia sobre la base del bernagal y el culantrillo, de los pasteles de La Laguna y los higos chumbos de la Mesamota, sería ofrecer a Canarias una nostálgica evoca-

ción de las consabidas estampas, unas páginas meramente sentimentales que, aunque aceptadas y agradecidas, no tendrían la fibra, el nervio del escritor que había producido tragedias como *Mar i cel*, *L'ànima morta* o *Jesús de Natzaret*, dramas como *Terra baixa*, *María Rosa* o *La filla del mar*, o poesías como *L'any mil*, *Poblet* o *Lo cap d'En Josep Moragas*. Para escribir de Tenerife en consonancia con aquellas poesías, aquellos dramas o aquellas tragedias, y hasta en consonancia con lo que los tinerfeños de él esperarían, Guimerá precisaba de unas vivencias de adulto, las que señalaba a Leoncio Rodríguez, las que en los últimos meses de su vida lamentaba no haber adquirido.

¡Cuán distinto del de Verdaguer habría sido el Teide cantado por Guimerá! ¡Con qué salvaje fiereza impresionarían las dantescas Cañadas a un escritor innatamente propenso a lo fiero y a lo salvaje! ¡Con cuánta razón hablando de ellas decía Esmeralda Cervantes que constituyen un “grandioso espectáculo que sólo pueden describir plumas como la de Castelar o poetas como mis amigos Guimerá y Zorrilla”!<sup>32</sup>. Pero Guimerá no había visto en su vida al “eterno vigía” de su querida Isla. “De Tenerife, no conozco más que a Santa Cruz”, había manifestado a Leoncio Rodríguez. Y aunque abrigo fundadas sospechas de que la afirmación es algo exagerada, de que algún año el niño Guimerá sería también romero de la Candelaria o del Cristo de La Laguna, no cabe la menor duda de que jamás fué llevado a la impresionante plataforma de Las Cañadas para contemplar en toda su magnificencia al “coloso de la patria mía” según cantara un día en sus versos juveniles.

El balayo y el farolillo era demasiado pobre bagaje para ir en busca de tanta grandeza ignorada; el bernagal y su culantrillo era demasiado simple para destilar las costumbres, los cantos, las luchas, las pasiones, los odios, la vida de sus paisanos. El lejano recuerdo era demasiado infantil para vivificar hombrunas luchas bajo las aspas de los molinos de viento. Y sin embargo, Tenerife estaba demasiado dentro de sí para no acuciarle a escribir algo que testimoniara su naturaleza isleña. Intentó, y tuvo que desistir, faltándole como le fal-

<sup>32</sup> En carta dirigida a Nicolás Estévez en 14 de agosto de 1880, reproducida en “La Prensa” de Santa Cruz de Tenerife, extraordinario de mayo de 1923.

taba la materia prima de la observación directa. Así lo manifestaba, apesadumbrado, en su charla con Leoncio Rodríguez:

“Una vez—prosigue—intenté hacer una obra con asunto isleño; quería dedicarle esa modesta ofrenda a mi tierra, y hasta María Guerrero se me ofreció para estrenar la obra en Tenerife. Tropecé con algunas dificultades, por desconocimiento del habla<sup>33</sup> y las costumbres del país, y abandoné el proyecto. Pero aconseje usted a los escritores de allí hagan algo para el teatro. ¡Hay tantas cosas típicas y pintorescas que pueden utilizarse! La lucha, por ejemplo, los bailes canarios, las mujeres canarias, a cuánto se presta todo esto para llevarlo a la escena”<sup>34</sup>.

Lo que olvidó decir Angel Guimerá a Leoncio Rodríguez era que Tenerife estaba, sin embargo, presente en su obra literaria. La noticia hubiera causado un cierto revuelo, o por lo menos una indudable satisfacción en los medios cultos santacruceros. Pero ello le hubiera obligado a aclarar que se trataba de una producción a la que él no daba más valor que el estrictamente sentimental, y probablemente le hubiese puesto en el trance de no poder evitar que, siendo ya un hombre célebre, se diera alguna publicidad a unos tanteos literarios que atestiguaban sus expansiones juveniles. No habló de ello a Leoncio Rodríguez. Aunque les amen secretamente, a los grandes hombres les ruboriza ver expuestos sus pinitos a la pública curiosidad.

#### EL APRENDIZ POETA.

Como dije antes—véase nota 8—, en 1882 Joan Sardà daba noticia de que Guimerá guardaba dos tomos manuscritos de poesía castellana, escrita en los albores de su carrera literaria. En el transcurso de los años la noticia cayó en el olvido, del que no consiguieron sacarla los sagaces periodistas que, en el año 1909, a raíz del grandioso homenaje que se tributó al poeta, se desvelaron para dar todo

<sup>33</sup> No se referiría, naturalmente, al castellano, sino a modismos peculiares, fuere en general, fuere de una clase determinada de la población, campesinos por ejemplo.

<sup>34</sup> Reproducido fragmentariamente de *El tinerfeñismo de don Angel*, “La Prensa”, Santa Cruz de Tenerife, 20 julio 1924.

género de detalles, y a ser posible inéditos, sobre la vida y la obra del glorioso homenajeado.

A la muerte del poeta—18 de julio de 1924—todo el mundo creía a pie juntillas que en su vida Guimerá no había escrito ni un solo verso en lengua castellana, tanto porque así resultaba del examen de lo publicado, como atendiendo al catalanismo radical que Guimerá había insobornablemente profesado y del que había sido erigido en personificación y símbolo. Como es lógico, a la muerte de Guimerá la prensa repitió a mansalva datos biográficos y bibliográficos, y las revistas literarias y teatrales ofrendaron, cada una en su especialidad, las siempre vivas de los extraordinarios. En una de ellas, aparecida en 9 de agosto, y sin darle la importancia que requería, se daba también cuenta de la existencia de la poesía castellana de Guimerá<sup>35</sup>. Tal vez por estar demasiado envuelta entre informaciones harto conocidas, la noticia no dejó huella.

Ello permitió al escritor Enric Cubas apuntarse el mérito de las primeras precisiones a este respecto. Al compilar el *Epistolari* citado, tuvo muy en cuenta la amistad que unía a Guimerá con el vendrellense Jaume Ramon i Vidales, amigo de la infancia y primer mentor literario del poeta. Consiguió algunas cartas, y con ellas algunas composiciones juveniles de Guimerá, en ambas lenguas. Por lo que a las castellanas se refiere, transcribió una íntegra bajo el título *El llanto de Elena*, y, en nota, los títulos de otras diez: *Al Teide (en la muerte de mi hermano)*, *Las ruinas del castillo de Bellver*<sup>36</sup>, *Amor eterno*, *Una noche de verano*, *El regreso del marino*, *Napoleón Bonaparte antes de la guerra de la independencia*, *Lamento de amor*, *A orillas del Guadalete*, *El león de Iberia* y *Fantasia*<sup>37</sup>. Unos dos años después, Francisco Caravaca, habiendo examinado el mismo fondo vendrellense, en su biografía también citada, repetía con alguna omisión los títulos ya hechos públicos por Cubas, añadiendo uno: *El canto del Bruch*. Caravaca no creyó oportuno reproducir íntegra ninguna

<sup>35</sup> Salvador Bonavia: *Intimitats d'En Guimerà en els seus començaments de vida literària, i el perquè de l'amistat amb En Pere Aldavert*, "La Escena Catalana", Barcelona, 9 agosto 1924.

<sup>36</sup> No se trata del famoso castillo mallorquín de este nombre. En la transcripción del título Cubas sufrió un ligero error con *Bellwey*, ruinoso castillo de los alrededores de Vendrell.

<sup>37</sup> Véase *Epistolari* citado, pág. 23, nota.

composición; para dar muestra de la poesía castellana de Guimerá reprodujo los dos primeros versos de *Al Teide* y los cuatro primeros de *Napoleón Bonaparte*.

Sorprende que los mencionados autores se abstuvieran de copiar las poesías castellanas de Guimerá que tuvieron en las manos. Tal fué mi propósito, pero menos afortunado que mis predecesores, en ninguno de mis viajes a Vendrell pude dar con el fondo Ramón, extraviado desde 1936. Consideraba ya irremisiblemente perdidas todas las posibilidades de exhumar los primeros pasos de Guimerá en la literatura, cuando la Providencia, tratándome con una gran magnanimidad, orientó mi atención hacia el casi anodino artículo al que antes me refería. Así supe que “Guimerá, al terminar sus estudios en los Escolapios, había escrito composiciones castellanas como resultado de su paso por el aula de Retórica y Poética, que era la predilecta del joven estudiante. Tales poesías no consiguieron el honor de aparecer a la luz pública; su autor las recopiló, y como un recuerdo de sus tanteos literarios las mandó encuadernar en un tomo y las guardó inéditas en su biblioteca”<sup>38</sup>.

De la veracidad de la noticia no abrigaba la menor duda, y por las siguientes razones: el autor del artículo, Salvador Bonavía (padre), y al mismo tiempo editor y propietario de la revista “La Escena Catalana”, tuvo durante muchos años su establecimiento de librería en la Plaza del Pino, contigua a la calle de Petritxol, en la que residía Guimerá; como en tales establecimientos se admiten encargos de imprenta y encuadernación, y existiendo entre el poeta y el librero una vieja amistad, no es infundado admitir que Bonavía recibiera del propio Guimerá los pliegos manuscritos para que se los encuadernara. Lo que sorprende es que una noticia tan importante, no sólo para los estudiosos de Guimerá, sino para los críticos literarios y para los historiadores de la literatura, hubiese estado treinta años sepultada en las páginas de una revista facilísimamente consultable. No fué nada difícil comprobar la existencia del singular volumen en el domicilio de don Angel. Amabilísimas y cordiales, como de costumbre, doña Adriana y doña Sara Aldavert, a primeros de enero de 1954, pusieron en mis manos lo que ellas habían considerado como una li-

<sup>38</sup> Reproducido en traducción libre del artículo señalado en la nota 35.

breta que usara Guimerá en sus años de escolar y que en realidad es el preciado testimonio de los primeros pasos literarios del poeta.

Las composiciones están escritas sobre papel barba, formando páginas de 20,8 × 15 centímetros, agrupadas en pliegos de a veinte páginas; el todo está encuadernado en cartoné, las tapas recubiertas con papel imitando la pasta española; lomo, en piel color canela, liso, sin nervaduras ni grabados; las guardas, formadas por el mismo papel barba; en el ángulo superior izquierdo del interior de cada tapa (sin inscripciones externas no es posible prever si el libro está o no en posición correcta), la cifra "2 00" escrita en lápiz indica el precio pagado por la encuadernación: dos pesetas. Preceden al texto cuatro páginas en blanco, "de respeto", después de las cuales se observan, indiscutibles, las huellas de una hoja desgajada; sus dos páginas, por lo menos la anterior, no estarían en blanco, en cuyo caso no habría razón para destruirlas; tal vez esa página anterior cumpliría funciones de portada y en ella constarían el nombre del autor y el título del volumen con o sin otras indicaciones complementarias; es de presumir que, por un explicable rubor en un hombre ya célebre y de su especial significación, el propio Guimerá hubiese desgajado la hoja, ocultándose así a la natural curiosidad de los operarios encuadernadores. Otras dos páginas en blanco siguen a la hoja desgajada.

Como las composiciones no están firmadas y en ninguna parte aparece el nombre de su autor, el volumen plantea ante todo un problema de autenticidad. El problema queda resuelto teniendo en cuenta, en primer lugar, que en el volumen autógrafo figuran las composiciones citadas por Cubas y por Caravaca. *Al Teide (en la muerte de mi hermano)* aparece, sin los paréntesis, en la página 138; *Las ruinas del castillo de Bellver* (con el nombre correcto, *Bellvey*), en la 87; *Una noche de verano*, en la 26; *El regreso del marino* (con el título *La vuelta del marino*), en la 21; *Napoleón Bonaparte antes de la guerra de la independencia* (con el título *Napoleón Bonaparte. Soneto*), en la 51; *A orillas del Guadalete*, en la 8; *Fantasia*, en la 56. En el supuesto de no existir cambio de título, no figuran las composiciones *Amor eterno* (¿sería *Amor filial?*), *Lamento de amor* (¿sería *Un lamento?*) y *El león de Iberia* que constan en la lista de Cubas. No existe asimismo en el volumen la composición *El canto del Bruch*, cuya noticia da Caravaca. La composición íntegra publicada por Cu-

bas bajo el título *El llanto de Elena* corresponde a la en el tomo titulada *Dedicada a mi hermano Julio*. La presencia de ese hermano Julio —al que ya me he referido en la nota 11 y texto subsiguiente a la nota 24— es definitiva como valor probatorio: el último poema citado está fechado a 10 de febrero de 1867 (fecha del fallecimiento de Julio) y apostillado con la siguiente nota: “Precisamente al hallarse mi querido hermano en la agonía, yo ignorando tan inmensa desgracia escribía esta poesía para él destinada.”

Es innecesario señalar que, en su materialidad, las composiciones castellanas de Guimerá que examinaron Cubas y Caravaca no son las que integran el volumen. Aquéllas serían en hojas sueltas, originales o copias; las del volumen están copiadas exprofeso para formar un tomo, existiera o no de antemano la idea de la encuadernación. En otras palabras, “están puestas en limpio”, los títulos con la mejor caligrafía en trazos gruesos (en algunos casos con perfiles afluigrados), esmeradamente subrayados con dos líneas al amparo de la regla, gruesa la superior, fina la inferior; bien calculada la extensión de las distintas métricas para asegurar la igualdad de los márgenes; con idéntica distancia entre línea y línea de escritura, de perfecta horizontalidad, distancia y horizontalidad que delatan el uso, por transparencia, del papel pautado. La escritura, en principio fina, atildada, en el último tercio va perdiendo mucho de su esmero y casi todo de sus perfiles, menudeando las correcciones posteriores en lápiz y en tinta.

Es indiscutible que de la primera a la última página median algunos años. No se pueden determinar exactamente los límites por cuanto las composiciones fechadas constituyen excepción; la primera fecha corresponde a la ya indicada del 10 de febrero de 1867 y aparece en el folio 136; la última, al 2 de julio de 1870 y en el folio 280. En general puede decirse que el orden de las composiciones es el cronológico, salvo en el primer cuarto del tomo, en el que se aprovechan huecos con algunas composiciones menores, tales como *cantares*, *epigramas* y *epitafios*, que deben cumplir meras funciones de relleno.

El tomo está prácticamente dividido en dos partes (¿serían los dos tomos manuscritos a que se refería Sardà?): la primera está integrada por composiciones en castellano y en catalán y ocupa los primeros 280 folios; les siguen doce páginas en blanco, hasta la termi-



nación del pliego; la segunda comprende una colección de seis *romances históricos* escritos exclusivamente en lengua catalana y ocupan sesenta y cinco páginas sin numerar, seguidas de otras diecisiete en blanco. Considerando una sola unidad cada grupo de *cantares*, el volumen contiene, en total, 107 composiciones, de las que 72 corresponden a las castellanas y 35 a las catalanas.

Con posterioridad al hallazgo del volumen autógrafo y a la noticia publicada en Canarias—véase nota 9—, la lectura de una carta de Guimerá dirigida al R. P. Ramón Piera, Rector del Colegio de San Antonio—vulgarmente designado por *los Escolapios*—, y reproducida en otro número conmemorativo de “La Escena Catalana”<sup>39</sup>, me ofreció alguna orientación para mejor delimitar el carácter y la cronología de la poesía castellana de Angel Guimerá.

#### *Poesía escolar.*

Iniciada en Tenerife la primera enseñanza y terminada en Vendrell, Guimerá fué matriculado en el Colegio de San Antonio, de Barcelona, regido por Padres Escolapios. Ingresó en el curso 1859-1860, en régimen de alumno interno—su distintivo era el “número 86”—, y se dió por terminada su segunda enseñanza—probablemente con la obtención del grado de bachiller—en junio o julio de 1862.

Mero espejismo indujo a algunos biógrafos a precisar que había ido a “completar”<sup>40</sup> o a “iniciar” su educación literaria<sup>41</sup>, cuando en rigor la finalidad perseguida por el padre del escolar era puramente comercial. Ni las matemáticas ni tan sólo la aritmética fueron asignaturas del agrado de Angel—tenía una auténtica aversión a los logaritmos—; según confesión propia, su asignatura preferida era la de Historia—quizá pueda verse en ello el remoto precedente de sus tragedias—, y le seguía en orden la de Dibujo. No se le conoce opinión en cuanto a la de Retórica y Poética, y no es improbable que, como tal asignatura, le interesaran mucho más las grandes obras universales de obligada lectura que el conocimiento exacto del for-

<sup>39</sup> *Un deixeble agrait*, “La Escena Catalana”, Barcelona, 18 julio 1925.

<sup>40</sup> Carles Capdevila: *Angel Guimerà*, “Revista de Catalunya”, Barcelona, julio 1924.

<sup>41</sup> Francisco Caravaca, op. cit., pág. 52.

mulario con el cual distinguir las distintas formas métricas, la arquitectura del discurso o la distinción de los estilos, por cuanto las grandes creaciones literarias le serían como una extensión de la asignatura de Historia; es decir, que le ofrecían la narración de unos hechos extraordinarios, unas heroicidades y unos héroes con los cuales alimentaría el fuego de la fantasía que comenzaba a arder en su cerebro. En la carta antes aludida Guimerá usa de una palabra altamente significativa: "Con el Padre Riera empecé la *mecánica* de los versos."

El Padre Riera fué el profesor de Retórica y Poética de Guimerá, el que le dió a conocer la *mecánica*. La *poesía*, o por lo menos la *vocación poética*, se la dió otro escolapio al que no tuvo como profesor y al que ni siquiera conoció personalmente: el Padre Juan Arolas<sup>42</sup>, poeta que alcanzó alguna notoriedad en su época y cuyos temas predilectos eran los orientales y los caballerescos. No es improbable que algunos poemas del Padre Arolas sirvieran de ejemplo en las lecciones del Padre Riera; es seguro que por lo menos una obra del Padre Arolas estaba en la biblioteca del Colegio de San Antonio, y que Guimerá tuvo mucho empeño en leerla. No creo buscara poesía en sus páginas; en mi opinión, lo que le atraía era la historia fantaseada que en ellas campaba. Aun así, fué aquél el primer libro de poesías que tuvo en las manos, según manifiesta el propio Guimerá en la carta aludida; y tal entusiasmo debió despertarle, que—son palabras suyas—"el Padre Martra, en aquellas fechas Director del colegio, se empeñó en enseñarme a recitar; jamás lo consiguió<sup>43</sup>, y un día me quitó el libro. Pero yo lo tenía ya en el alma! ¡Pobre Padre Arolas!"<sup>44</sup>.

Es precisamente bajo la sombra del Padre Arolas y bajo la influencia de sus temas predilectos cómo Guimerá dió entrada al volumen autógrafo de sus poesías. No estarán en él todas las que Guimerá escribiera en sus años de escolar ni en los sucesivos, sino aquellas que considerara más dignas de ser copiadas "en limpio" y guardadas. De

<sup>42</sup> Juan Arolas nació en Barcelona en 1805 y falleció en Valencia en 1849. Según Manuel de Montoliu (*Manual d'història crítica de la literatura catalana*, pág. 187), al dar a conocer en Valencia la obra de Joaquim Rubió i Ors, el padre Arolas despertó la musa valenciana en el poeta Teodoro Llorente.

<sup>43</sup> Las cualidades de rapsoda estuvieron absolutamente ausentes en Guimerá; en sus grandes triunfos en los Juegos Florales necesitó siempre la colaboración de un buen lector que le sustituyera cara al público.

<sup>44</sup> La última frase, más que afectiva, parece ser misericordiosa: el padre Arolas murió con las facultades mentales perturbadas.



Angel Guimerá en 1862, cuando escribía exclusivamente en idioma castellano,

## La cautiva.

Caminos de Algeiría  
avanza una caravana,  
Proja el sultán Me,  
en confusa zarzavata.  
Custodian una belad,  
de Sidonia arrebatada,  
por orden de su sira  
que cuanto ve cuanto ama.  
Va sobre un fuerte camello,  
que rápidamente avanza,  
oculta en vistosa tienda  
do brilla el oro y la plata;  
que así, al traves de las redes  
no entra indiscreta mirada,  
ni el rayo del sol ardiente  
su torso cutis empuña;  
por que es tan bella su faz,  
en finas gasas rebada.

Primera página del volumen autógrafo de Guimerá, con el fragmento inicial de *La cautiva*, poema de la época escolar.

modo que si no puede asegurarse de una manera absoluta que la primera del volumen sea la primera escrita por Guimerá, a esta poesía corresponde atribuir el valor de documento histórico, por cuya razón creo inexcusable reproducirla en estas páginas:

## LA CAUTIVA

Camino de Alejandría  
avanza una caravana,  
tropa del sultán Ali  
en confusa zaragata.  
Custodian una beldad,  
de Sidonia arrebatada,  
por orden de su Señor  
que cuanto ve cuanto ama.  
Va sobre un fuerte camello,  
que rápidamente avanza,  
oculta en vistosa tienda  
do brilla el oro y la plata;  
que así, a través de las sedas  
no entra indiscreta mirada,  
ni el rayo del sol ardiente  
su terso cutis empaña;  
porque es tan bella su faz  
en finas gasas velada,  
cual si el justo Alá al nacer  
pusiera en ella sus gracias.  
Mas de sus rasgados ojos  
brotó furtiva una lágrima  
que surcando la mejilla  
sobre su pecho descansa.  
¡Inocente sensitiva  
que un insecto acariciara!  
¿Por qué así doblas la frente?  
¿Por qué así perlas derramas?  
Mira que en mullido lecho  
tu regio esposo te aguarda,  
sediento de las caricias  
que son destellos del alma.  
Mira que tienes allí  
el Harem con sus mil galas,  
del Serrallo los primores,  
que hermoso un Edén retratan;

fuentes que forman murmullo  
y sonoras cascadas;  
aves de vivo plumaje  
que entre los árboles cantan;  
flores de varios perfume <sup>45</sup>,  
del color de la escarlata,  
y blancas cual la pureza,  
y otras azules, y gualdas;  
y grutas tristes, sombrías;  
y kioscos en la enramada,  
y góndolas en el río  
surco caprichoso labran.  
Atrevidos minaretes  
con mil torres almenadas;  
salones de oro y de jaspe,  
baño, obeliscos, estatuas.  
Mas la cautiva Zulima  
estas grandezas rechaza,  
que vendiendo el corazón  
son el gozarlas muy caras.  
Y es que en su pecho está escrito  
con caracteres de llama  
Jiasmar, el hombre querido  
que ha amado desde la infancia.  
Y este amor grande y profundo  
aniquilarlo no alcanza  
Alí con su poderío,  
primor, encantos y magia.

Como todos los poetas primerizos, entre sus quince y sus diecisiete años, Guimerá nada tenía que decir por cuenta propia y sí todo por cuenta ajena. La ausencia de inspiración quedaba compensada por la imitación. Todos cuantos han desfilado por las aulas de Retórica y Poética saben de la vacuidad de sus propios versos—versos, que no poemas—; todos *han debido hacer versos*, malos o peores, con alguna maña o sin ninguna maña, para demostrar que les iba entrando lo de la *mecánica*, lo del formulario base. Para un alumno de un colegio confesional, además de la preocupación por la forma y la de buscar algún argumento a desarrollar en aquella forma, existía la de conformar el todo a los cánones de la moralidad absoluta y de la ejemplaridad relativa. Así se explica, en el contenido de *La cautiva*,

<sup>45</sup> *De varios perfume*. El error debe estar en el plural *varios*, inadvertidamente escrito por influencia del precedente *flores*.

la pueril descripción del escenario de los amores de un sultán y el candor que respira la composición desde la primera a la última línea. Todas cuantas historietas dan vida a las composiciones guimeraneanas escolares están concebidas con idea primordialmente moralista. Algunas podrían considerarse apólogos. No faltan composiciones terminadas con la consabida moraleja, escrita con letra vertical para indicar la cursiva.

Siempre salvando algún posible margen de error, en mi concepto la poesía escolar guimeraneana está representada en el volumen autógrafo por diecinueve composiciones, las primeras, tituladas, respectivamente: *La cautiva*, *La aurora*, *Epigrama*, *A orillas del Guadalete*, *Epigrama*, *El mendigo*, *Calipso*, *La vuelta del marino*, *Una noche de verano*, *Amor filial*, *El sueño y la muerte*, *Un lamento*, *Amor perdido*, *Epigrama*, *Napoleón Bonaparte*, *Dicha y dolor*, *Fantasia*, *Epigrama* y *Lidia*. Salvo los epigramas y los sonetos, en general se trata de composiciones de regular extensión—entre los setenta y los cien versos como término medio—, y delatan sucesivos ejercicios estróficos. “Del *pareado* arriba—precisa Guimerá en la referida carta—, hasta el *soneto*.” Y añade a guisa de ejemplo: “Uno a Napoleón Bonaparte. ¡Cómo debía ser!” Es partiendo de esa alusión cómo he osado delimitar la poesía escolar de Guimerá de la post-escolar.

La regular extensión de tales composiciones se opone a reproducirlas íntegras en estas páginas, dejando para mejor ocasión, si algún día la ocasión se presenta, publicar en su totalidad la producción castellana del genial poeta catalán. Como sea, sin embargo, que ellas señalan el punto de partida de toda la obra guimeraneana, prescindiendo de las más genuinamente escolares—las más clasificables como simples ejercicios estróficos—, reproduciré algunas de aquellas poesías que a mi juicio permiten intuir, dentro de sus, diría inevitables, imperfecciones, al futuro gran poeta.

#### A ORILLAS DEL GUADALETE

Por el claro zafir del puro cielo  
los densos nubarrones se tendían,  
y las aves carnívoras su vuelo  
encima de la tierra se cernían.

Y el sol, con moribundos resplandores,  
al hundirse en las selvas virginales,  
retrataba sus diáfanos colores  
del río Guadalete en los cristales,

de ese río, que en rápido murmullo  
majestuoso camina sobre arenas,  
mezclando un día su armonioso arrullo  
al fragor de las hordas sarracenas.

Y aun agora al recordar el hecho  
que arrancara al rey godo de su asiento,  
parece que se agita y de su pecho  
brotan suspiros que se lleva el viento.

Será que encuentra un eco en sus arcanos  
los males que sufriera el pueblo ibero,  
el rugido feroz de los tiranos,  
el denuedo de bravos caballeros;

el lamento del godo que caía  
mordiendo las arenas con coraje;  
y el llanto de la virgen que gemía  
en medio de los cánticos salvajes;

el sonido de bélicos clarines,  
voces de los ejércitos reales,  
el clamor de bizarros paladines,  
el estruendo de parches y atabales;

el grito jadeante del soldado  
al llamar a sus filas la victoria,  
y el cántico del bardo que, inspirado,  
clama Vida y honor, o Muerte y gloria.

¡Oh río Guadalete! Yo quisiera  
con rasgos indelebiles en mi mente  
trazaras esa escena plañidera  
que hundió en el polvo a la española gente.

Mas tú callas; y sigues presuroso  
por el curso que un día te marcara  
el brazo del Eterno poderoso...  
Y haces bien en callar; que a ruina tanta  
se entorpece la voz en la garganta,  
y el párpado se cierra pesaroso;  
pues parece a lo lejos se levanta  
en cuadro sangriento y horroroso.



El lenguaje de *A orillas del Guadalete* no es ya el de *La cautiva*. Aunque en el volumen autógrafo les separen dos solas composiciones, en la realidad la distancia debió ser mayor. Ello no quiere decir que *A orillas del Guadalete* esté exenta de influencias—y a los críticos compete señalarlas—; yo me limitaré a indicar que es ésta la primera composición de tipo histórico, en cuya concepción se vislumbra más lo trágico que lo heroico de la epopeya. Las alas poéticas de Guimerá eran todavía demasiado débiles para arrancar un girón de la historia y elevarle a las grandes alturas de la poesía. La inspiración estaba todavía en ciernes, y el poder sugestivo de la imagen se encontraba aún lejos en su lenguaje poético.

Algo parecido cabría decir en materia de amores. Los que aparecen en sus composiciones escolares son, naturalmente, amores de mentirijillas, los que el despertar de la pubertad deja vislumbrar en cualquier mozalbete, si un algo sentidos un nada vividos. Es de observar, empero, que los que dan tema a las composiciones de Guimerá en esta época están señalados por la desventura, no sé si por esa su natural tendencia a lo trágico o si como consecuencia de la preocupación por la moralidad y la ejemplaridad. Se trata, claro está, de amores sin fibra, escritos “en frío”, sin la hondura de expresión de cuando, padeciendo en propia carne la desdicha del amor, tradujo en sentidas síntesis sus íntimas rebeldías. Entre los quince y los diecisiete años, el amor daba a Guimerá algunos temas para sus poéticas—y ya dramáticas—historietas. Cual la siguiente:

#### AMOR FILIAL

“Niña que amor acrisola  
 ¿por qué vas con languidez  
 cogiendo roja amapola?  
 ¿A dónde vas bella Lola  
 entre la tostada mies?”

Mira que nace un espino  
 en la blonda cabellera,  
 y puede herir tu pie fino;  
 vete siguiendo el camino  
 del lago por la ribera.

Y en ese puro cristal  
que te mires es preciso  
tu hermosura virginal,  
que allí se vió por su mal  
trocado en flor el Narciso.

Y cuando el líquido puro  
retrate tu gentileza  
con rasgo firme y seguro,  
no extrañarás, te lo juro,  
que me encante esa belleza.

No extrañarás que suspire  
del fondo del corazón,  
ni que a tu vista delire,  
ni que en el bosque te mire  
como grata aparición.”

De este modo se expresaba,  
con amorosos anhelos,  
un pastor que la adoraba  
y en silencio atormenta[ba] <sup>46</sup>  
el aguijón de los celos.

Mas la niña apesarada  
que oyó este fino querer,  
tornó la vista enojada,  
quedando su faz bañada  
del color del rosicler.

Y dejando la llanura,  
como tímida gacela,  
se internó por la espesura:  
que allí se creyó segura  
y el peligro no recela.

Mas ¡ay! que, oculto, el pastor  
va siguiendo su pisada  
por el espeso verdor,  
como sigue el cazador  
a su presa en la enramada.

Allí el desdeñado amante  
sin más testigo que Dios,  
clama venganza al instante,  
y va siguiendo adelante  
de la hermosa niña en pos.

<sup>46</sup> Terminación omitida en el volumen autógrafo.

Y entran en un cementerio  
 en donde la Parca airada  
 ejerció su ministerio,  
 y en los pliegues del misterio  
 dejó su huella marcada.

Ante una tumba de hinojos  
 queda suspirando Lola,  
 y el líquido de sus ojos  
 cayó en los pétalos rojos  
 de la sensible amapola.

Y con mano estremecida  
 pone las flores de fuego  
 sobre la losa querida,  
 y con lengua entorpecida  
 al Cielo eleva este ruego:

"Madre mía, Madre amada,  
 ¿por qué a mi vista te escondes?  
 ¿Dó está tu sombra velada?  
 ¿Por qué a tu hija adorada  
 con el silencio respondes?

"¿Será que el Dios de bondad  
 no quiere dejes el Cielo  
 por esta vil soledad,  
 y en su eterna majestad  
 olvidas mi desconsuelo?

"Madre mía, Madre mía,  
 no me dejes en la tierra  
 do reina la hipocresía,  
 do el honor y la hidalguía  
 el hombre de sí destierra.

"¡Ay! llévame a esa morada  
 en que una dicha sin fin  
 deja nuestra alma embriagada,  
 sin que se encuentre turbada  
 por un pensamiento ruin."

Plegó sus labios de grana  
 esta tierna sensitiva  
 marchita en edad temprana,  
 y al cielo do el bien dimana  
 alzó la mirada altiva.

Y el amante que la oía  
 oculto entre los abrojos

con pesar se conmovía,  
y entre suspiros decía  
olvidando sus enojos:

“No está bien en la hermosura  
que padece en su orfandad  
dar prueba de amor segura,  
que fuera vana locura  
sin mezcla de caridad.

”Ni está bien en el garzón  
que blasona de cumplido,  
quebrantar con la pasión  
un sensible corazón  
donde el pesar ha nacido.

”Desde hoy bosque y arroyuelo  
me verán seguir tus huellas  
como siguen por el cielo  
al Ángel de raudo vuelo  
los escuadrones de estrellas.

”Y nunca el roce del viento  
que va pasando fugaz  
te llevará mi lamento,  
ni un suspiro ni un acento  
suelte mi labio jamás.

”Sólo si un remoto día  
se disipa cual vapor  
tu negra melancolía,  
no cesaré en la porfía  
de ser digno de tu amor.”

Dijo el zagal; presuroso  
se alejó de aquel recinto  
con el paso tembloroso:  
que entró cual hombre alevoso  
y al salir era distinto.

Y Lola siguió llorando  
sobre la piedra maciza,  
y el día que va pasando  
va una hora triste marcando  
que apagada se desliza.

Mas ¡ay! que al llegar la aurora  
por las puertas del Oriente  
la inocencia ya no llora,  
que está de hinojos ahora  
al pie del Omnipotente.

¡Ay! que el Angel de la muerte  
oyó su místico llanto,  
tuvo piedad de su suerte,  
y su tristura convierte  
en los célicos encantos.

Y hoy día cubre su losa  
flores que lanzan aroma,  
y una sombra vaporosa,  
apesarada y llorosa,  
entre la verdura asoma.

Y si una mano atrevida  
aparta la flor marchita  
que está en la tumba esparcida,  
sobre la losa esculpida  
esta leyenda halla escrita:

*Bajo esta capa de hielo  
reposa el amor filial;  
fue una niña angelical,  
que faltándole el consuelo  
del cariño maternal,  
voló a buscarlo en el Cielo.*

¿Quién habría pronosticado en aquellas fechas que el autor de tanta prosa vertical sería un día un afamado poeta, cuyas características serían en cuanto a concepción la grandiosidad, y en cuanto a expresión la economía de palabras y el uso de imágenes concisas, abruptas, como cortadas a filo de hacha? Nadie. Ni los profesores que pudieran descubrir en él una cierta facilidad, una cierta maña en la versificación.

Por los ejemplos hasta aquí transcritos, son ya visibles los altibajos de la poesía escolar de Angel Guimerá. En aquella época, falto de experiencia, falto de madurez, a Guimerá le sentaban mejor los temas facilonos que los grandes temas universales cual el amor, así como las jocosidades aptas a las composiciones breves. Estaban más acordes con su edad, podían mejor traducir, incluso dentro del general mimetismo de su poesía, algo ya más genuinamente suyo. Véase, por ejemplo, el siguiente

## EPIGRAMA

A un galeno preguntó  
 don Eustaquio cierto día  
 si curaba la manía,  
 y él al punto contestó:  
 En el hombre tiene cura,  
 mas si se halla en la mujer,  
 sólo puede Lucifer  
 curarla, en la sepultura.

Poesía de hoja de calendario, de página festiva, más que suficiente para canalizar las ambiciones de un adolescente en sus primeros pasos poéticos. En otro epigrama, la agudeza tiene su miaja de irreverencia que los Padres Escolapios debieron disculparle riendo para sus adentros. Este:

## EPIGRAMA

Mientras por un lance honroso  
 combate don Nicanor,  
 la esposa ruega al Señor  
 por el alma de su esposo;  
 y al verle entrar presuroso  
 lleno de satisfacción,  
 dice ella con compunción:  
 Señor, ya que en la partida  
 mi esposo salió con vida,  
 ¿qué haremos de la oración?

Indiscutiblemente este género de composiciones estaba más en el centro de sus juveniles facultades. Y sin embargo, es evidente que entre lo jocoso y lo serio, lo que le venía cortado a medida y lo que le resultaba desproporcionado, Guimerá estaba cimentando su futura personalidad de poeta.

De las diecinueve composiciones que considero producidas en los años de su internado en el colegio de los Padres Escolapios, una descuella, según mi modo de ver, como la más subjetiva del aprendiz poeta. Aquella constante de rebeldía que se observa en el conjunto de la obra de Guimerá contra la injusticia humana en cualquier orden, tiene, en el poema a que me refiero, su levadura. La acción está si-

tuada en la época medieval, como podría estar en otra anterior o posterior; el sentido de la justicia, para un hombre de la integridad y de la simplicidad de Guimerá, está al margen de las épocas; en su adolescencia y en su senectud, en prosa y en verso, en los periódicos y en las tablas, la pluma de Guimerá estuvo siempre humedecida para denunciar y combatir lo injusto, incluso lo fatalmente injusto. En el poema en cuestión, pese a su carácter de historieta, pese a la necesidad de observar los cánones de una moral confesional, pese a todo el lastre que pudiera coartar el vuelo de un incipiente poeta, la falta de madurez incluida, se observa como un afán de exteriorizar sentimientos íntimos, de opinar por propia cuenta. Tal vez sea por esas razones de subjetividad, que pueda observarse asimismo la embrionaria existencia de lo que más tarde daría carácter a las imágenes típicamente guimeraneanas.

#### EL MENDIGO

Avanza la noche oscura  
soltando copos de nieve  
que el viento con mano leve  
se complace en esparcir  
al pie de altivo edificio  
de encambradas <sup>46 bis</sup> proporciones,  
cuyos negros torreones  
van las nieves a cubrir.

Allí, con triste lamento,  
implora un modesto abrigo  
un haraposo mendigo  
de precoz decrepitud,  
y sólo a su voz responde  
sonorosa carcajada  
y el murmullo en la enramada  
del viento airado del sud.

<sup>46 bis</sup> Al copiar la composición en su volumen, Guimerá escribió, probablemente por descuido, *encumbradas*; pero luego rectificó cuidadosamente los trazos de la *u* hasta convertirla en una *a*, *encambradas*, conforme, creo, a su propio original. La rectificación evidencia un deliberado propósito de usar de *encambradas* como sinónimo de *encaramadas*, según puede deducirse del Diccionario de la Real Academia. Es de advertir que con tal expresión se consigue dar la imagen de un castillo alzado sobre una vertical rocosa.

En esa morada altiva  
 es risueña la existencia;  
 que allí habita la opulencia,  
 la algazara del festín;  
 que allí voluptuosa danza  
 sofoca el triste gemido  
 de este mortal afligido  
 llegado de otro confín.

Y esas espesas murallas  
 no atraviesa el viento helado,  
 ni la voz del desgraciado  
 que implora hospitalidad;  
 que allí embriaga hasta el perfume  
 que despide la bujía,  
 y los cantos de la orgía  
 aumentan su liviandad.

Que allí las damas hermosas,  
 con ardiente desatino,  
 beben rubicundo vino  
 en la copa del doncel,  
 y brindan, desde el instante,  
 sin que les tiemble la mano,  
 amor eterno, más vano  
 que el brillo del oropel.

Y otra vez vuelve el mendigo,  
 con mano pesada y yerta,  
 a llamar a aquella puerta  
 que escarnece su dolor;  
 y siempre a su clamoreo  
 nuevo estrépito responde,  
 que en este alcázar esconde  
 su rostro culpable amor.

Deja esa alegre morada,  
 que allí desprecian tu lloro  
 y puede causar desdoro  
 la tristeza de un mortal.  
 Eres mendigo infelice,  
 y tu rota vestidura  
 puede manchar la hermosura  
 que reina en la bacanal.

Mas ¡ay! ¿dónde irás ahora?  
 ¿Quién cubrirá tu pobreza?  
 ¿Y tu ardorosa cabeza  
 dó la podrás reclinar?



¿Dónde irás en esta noche,  
en que el ímpetu del viento  
de los árboles violento  
va las ramas a quebrar?

¿Dónde irás, si está la tierra  
envuelta en blanco sudario,  
y te presenta nefario  
extenso llano a tus pies?  
¿Dónde sentarás la planta,  
si está tan cerca el sendero  
del voraz despeñadero  
que entre la nieve no ves?

Y con afán el mendigo  
torna la vista doquiera,  
y nada ve en la pradera  
sobre la capa glacial;  
sólo ese alcázar altivo  
de granítica muralla,  
que en sus salones batalla  
un estrépito infernal.

Y vuelve a poner la mano  
sobre la puerta macisa;  
y esta vez cesa la risa  
y la calma allí reinó;  
mas tras un breve momento  
se abrió misteriosa reja,  
y asomándose una vieja  
de este modo se expresó:

"Vete en mal hora, importuno,  
sin volver aquí la cara,  
que turba nuestra algazara  
tu sempiterno gemir;  
marcha presto, que tu vista  
sería de triste agüero  
para el noble caballero  
que amor nos viene a rendir.

"Huye de aquí a toda prisa  
que voy a soltar los perros,  
y tus crímenes y yerros  
en sus dientes pagarás;  
que gente de tu calaña,  
por ladrón y vagabundo,  
están de más en el mundo.  
y reclama Satanás."

Y haciendo horribles visajes  
 la dama cerró la reja,  
 y allí abandonado deja  
 al miserable otra vez,  
 que alzando la vista al cielo  
 en rubor la faz bañada,  
 con la lengua sosegada  
 depuso así su altivez:

"Señor, ¿por qué así abandonas  
 la inocente criatura  
 sola con su desventura,  
 en brazos de la aficción?  
 Y en los vastos arenales  
 de la vida procelosa,  
 ¿por qué así marcha azarosa  
 torturado el corazón?"

"¿Por qué siempre le persigue  
 el hado de adversa suerte,  
 y es su refugio la muerte  
 y su lecho un ataúd?  
 ¿Por qué sin padres ni amigos  
 todos huyen de su lado?  
 ¡Y es tan pobre y desgraciado,  
 que llega a odiar la virtud!"

"¿Por qué ya desde la cuna  
 duerme el pobre entre cadenas,  
 y el rico infiltra en las venas  
 de su hijo orgullo cruel?  
 ¿Por qué al impiorar ayuda  
 vuelve la faz con fiereza?  
 ¿Es por ventura bajeza  
 si en la faz no asoma hiel?"

"¿Por qué altivo el poderoso  
 la frente erguida levanta,  
 y al pobre quiere a su planta  
 vaya la tierra a morder?  
 Que a pesar de su riqueza,  
 viene al mundo con dolores,  
 y crueles sinsabores  
 causa a su madre al nacer.

"Que también la Parca fiera  
 juega al azar con su vida,  
 y su grandeza mentida  
 no la arrastran al morir.

Que también bajo la tierra  
son el pasto de gusanos,  
y víctimas y tiranos  
se van allí a confundir.

"Pues ¿por qué en todas edades  
hay coronado verdugo  
que anhela estrechar el yugo  
del hombre con tanto afán?<sup>47</sup>  
¿No son hijos de la tierra?  
¿No son unos sus destinos?  
¿Y por diversos caminos  
a igual término no van?

"Señor, Señor, nuestro pueblo,  
¿jamás alzaré la frente?  
¿Y del solio al insolente  
no le podrá derribar?  
Y unidos con paz eterna,  
queriéndonos como hermanos,  
sin verdugos ni tiranos  
nuestro orgullo será amar."

Dijo: y soltando al instante  
llanto amargo de sus ojos,  
cayó el anciano de hinojos  
con religioso fervor;  
y doblando su cuerpo  
en brazos del paroxismo,  
rodó el anciano al abismo  
y así acabó su dolor.

Así, con ese final de tragedia, con una muerte que tanto puede ser atribuída a un accidente como a un suicidio, de cualquier modo perfectamente hermanaada con los funestos desenlaces de las tragedias de Guimerá.

*Poesía post-escolar.*

Tal vez un día pueda estudiarse con mejor fortuna la primera poesía guimeraneana y descubrir si la sucesión de los títulos en el volumen autógrafo corresponde a la sucesión cronológica. Asimismo,

<sup>47</sup> La frase aparece en el volumen autógrafo sin los signos de interrogación, dándole aparentemente un significado afirmativo. Por el contexto se deduce que, al contrario, la frase debe ser interrogativa.

si puede elevarse a definitiva la delimitación que me he permitido indicar a base de la alusión guimeraneana al soneto a Bonaparte. Hoy por hoy sólo es posible afirmar que la segunda escolaridad de Guimerá comenzó con el curso 1859-1860 y que terminó con el 1861-1862, y que es entre tales límites cuando Guimerá, al compás del aprendizaje de la mecánica de los versos, escribió sus primeras composiciones. Ya es innecesario señalar, pues, la gratuidad de las afirmaciones según las cuales, terminada la segunda escolaridad, Guimerá tuvo que ponerse a las órdenes de su padre, aprovechando los ocios que le permitían las obligaciones para escribir sus primeras poesías <sup>48</sup>.

Precisa advertir que, por razones aquí innecesarias, el padre de Angel Guimerá había renunciado, no sin pesadumbre, a la ilusión de que su hijo fuera el colaborador y el continuador en los negocios. En la esfera de las paternas influencias, Guimerá había sido enteramente absorbido por la de su madre. Ésta, encariñada e ilusionada con los escritos del hijo y con los dibujos del hijo; alentada por la nula predisposición comercial de Angel; afianzada por las seguridades del potencial económico familiar, entró en grandísima parte para que, a su regreso a Vendrell, Guimerá leyera y escribiera a sus anchas, sin la más leve coacción impuesta por el ejercicio de una profesión o de una obligatoriedad. La peligrosísima condescendencia materna convirtió a Guimerá en un auténtico desocupado—¿cómo debió ser comidilla de comadres, en una villa provinciana del siglo pasado!—. Habría podido hacerle un más sano o un más insano bohemio. La atenta vigilancia de la madre y la sólida formación moral del hijo salvaron el peligro y alcanzaron hacer de Guimerá un auténtico poeta.

Con los años, claro está. El poeta, el auténtico poeta, se manifestaría cuando, ya presentado en los cenáculos literarios barceloneses, el escribir poemas tendría una razón de ser más trascendente—publicar en los periódicos, competir en los certámenes—que la de regalar los oídos de la madre. Mientras, sus composiciones serían bastante equiparables a las de la época escolar, escritas no como ejercicio obligado, sino como de puro pasatiempo, faltas de ambición y con el consabido mimetismo en lugar de la inspiración. Trátase de nuevas

<sup>48</sup> Véase Carles Capdevila, op. cit., y seguidores.

versiones de sus escolares historietas, las orientales, las marineras, las pastoriles, las caballerescas, centradas en las habituales desventuras amorosas, y por lo general narradas a través de una larga sucesión de estrofas. La continuación del aprendizaje, en definitiva.

Ya me referiré más adelante, y de un modo especial, a la poesía eminentemente canaria de Guimerá, producida en esta época. Antes, y con objeto de dar alguna idea, aunque ligera, de la evolución de la poesía castellana de Guimerá, señalaré algunas de las características post-escolares.

Como ya es de presumir, entre las muchas composiciones de imitación es en esta época cuando aparece por vez primera el poema derivado de la impresión directa de algo concreto, determinado, del ambiente en que transcurría la vida de Guimerá. Cercano a Vendrell existían los restos de un castillo, mudos testigos de un pasado ignoto. La historia del castillo era tan desconocida de Guimerá como ignorada de sus paisanos, por lo que en la impresión del poeta no cooperaron factores sentimentales de orden histórico. Tal vez sea éste el primer ensayo guimeraneano para expresar poéticamente lo humanamente contemplado.

#### LAS RUINAS DEL CASTILLO DE BELLVEY

La tarde se desliza, cual ninfa seductora,  
de rozagante traje, de diáfano color,  
en campo de verdura, que pálido decora  
los rayos postrimeros de un sol abrasador.

Entonces nuestro pecho suspira vagoroso,  
y expláyase la vista por el tranquilo mar  
y busca en la colina un álamo frondoso,  
do el cuerpo fatigado se pueda reclinar.

Allí, bajo la sombra, contempla sosegado  
las ruinas de un castillo, de altiva proporción:  
gigante que venciera, con brazo denodado,  
del tiempo los embates, furor del Aquilón.

Mirad: sobre sus hombros, de dura pedrería,  
los siglos han pasado cual pasa el vendaval;  
y el roce de sus alas, ¡nefanda alevosía!,  
descarna las almenas, derrumba su portal.

Castillo que levantas los negros torreones  
 cual sombra pavorosa que asoma en tu ajimez:  
 ¿qué hicistes, di, en mal hora, de tantos campeones?;  
 ¿qué fué de tu grandeza?; ¿qué fué de tu altivez?

Un tiempo te elevabas soñando poderío,  
 circuido de murallas, vestido de esplendor,  
 ciñéndose tu frente con bélico atavío,  
 pendones y estandartes de mágico coior.

Un tiempo en tus almenas, la tierna castellana  
 aguarda a su guerrero, tal vez con inquietud,  
 y al verle cómo huelga veloce por la plana,  
 al puro azur del cielo mostró su gratitud.

Un día tus salones temblaron conmovidos  
 al son de las baladas del tierno trovador;  
 y el grito de combate, por todos repetido,  
 se oyera en tus cavernas, con hórrido fragor.

Un tiempo tus guerreros, al pie de la muralla,  
 en lides y torneos gozaban de solaz;  
 y cánticos de amores y cuentos de batalla  
 seguían a la guerra las horas de la paz.

Hoy sólo tu grandeza nos dice lo que ha sido,  
 paredes derruidas que el tiempo destruyó.  
 Tú fuiste cual hoguera que el valle ha corroído;  
 lo dice tu ceniza: la llama se extinguió.

Hoy sólo en tu recinto campea la tristura;  
 hoy sólo el viento helado te viene a profanar,  
 y en vez de los guerreros de nítida armadura,  
 ¡las aves con la luna te vienen a llorar!

En rigor, la impresión se traducía en una fantasía más. Sin embargo, ¿es lícito preguntarse si, de serle conocida a Guimerá la historia del castillo, de tener una noción concreta de las hazañas de sus moradores, o por lo menos de revolotear sobre las viejas piedras una cualquiera de las leyendas que el vulgo forja a su entorno, el vendrellense castillo de Bellvey habría dado paso a un precoz Guimerá épico? La pregunta viene impuesta por la evidentísima tendencia del joven poeta a cultivar el género caballeresco, posible secuela de la primeriza influencia del Padre Arolas. En los poemas de esta época abundan las almenas y las murallas, los guerreros y las damas, las espadas y los clarines, pero faltan los hechos que les dé vida y los

héroes que les dé brío. Me refiero, claro está, a los hechos y a los héroes históricos. Por ello creo que la respuesta a la anterior pregunta debe ser negativa. En la poesía de esta época parece ser que Guimerá sentía más lo accidental del escenario que lo fundamental del hecho histórico, que estaba más atento a la musicalidad de las estrofas que a lo emotivo de la evocación. En este sentido, creo puede ser probatorio el poema que Guimerá escribió en honor del ángel que corona el campanario vendrellense, en cuyas treinta y una estrofas se roza la historia local, pero no se adentra emotivamente en ella. Véase en el siguiente fragmento:

EL ANGEL DE VENDRELL

.....

¿Buscas, dime, las legiones  
de los hijos de la guerra  
cuyos duros escuadrones  
oprimieron esta tierra?

¿Buscas, dime, el atavío  
de los déspotas del Sena  
cuyo eterno desvarío  
fué argollarnos la cadena?

¿Buscas a Arbós altanero  
o en traje de nube ardiente,  
por orden del Extranjero,  
por orden del Pretendiente?

¿Buscas los rudos soldados  
de algún diestro *cabecilla*  
cuyos odios concentrados  
no domaron esta villa?

Cesa; no tornes la vista  
buscando nuevo tormento.  
Pasó todo como arista  
arrastrada por el viento.

.....

Estamos, evidentemente, muy lejos de aquella casi salvaje emotividad de *Poblet* servida en alas de genial fantasía, cuando Guimerá —y el salto lo daría en pocos años— pasara de narrador frío de la

historia a cantor apasionado de sus hombres y sus hechos. Pero para Margarita Jorge, para la madre del poeta, embelesada oyente o devota lectora, las murallas y las almenas, las ignotas damas y los no menos ignotos guerreros tendrían bastante humanidad para hacerle considerar que aquellos poemas representarían ya un estadio definitivo en la poesía de su hijo. Lo que sería muy humano y respetabilísimo. Como que el poeta persistiera en la tónica, a pesar de que en la realidad aquellos poemas representaban todavía un primer batir de alas a ras de nido. Con algún afortunado aleteo a mayor altura, evidentemente. Tal es de ver en el último poema caballeresco de la época —sin ningún roce histórico, es decir, de pura fantasía—, titulado *Un resto de feudalismo*, de una extensión análoga a la de *El mendigo* antes reproducido, y en el que naufraga esta bien lograda octava que precisa poner a salvo por ser la que distingue al poeta del más o menos hábil versificador:

Tú verás a los nobles infanzones  
morder el polvo que les diera vida;  
yo veré tus negruzcos torreones  
hundirse de mi brazo a la embestida;  
las torres, las almenas, los bastiones,  
serán las hojas de una encina herida  
que rodando del monte a la llanura  
esparcidas recuerdan su estructura.

Hasta que vino lo inevitable a cambiar el rumbo de la poesía juvenil guimeraneana: el amor. Había en Vendrell una muchacha de cuya belleza se habla todavía hoy día en la villa. Llamábase María Rubió y Rabassó, y por razón de ser hija del cerero del lugar era vulgarmente apodada “la María Candeles”. Guimerá se emprendió de ella. Fué, la suya, una larga historia de amor menos dramática que las que él inventaba en sus ficciones poéticas, pero igualmente infortunada. De ella nos quedan, como valores firmes, las celebérrimas rebeldías de *Del meu àlbum*<sup>49</sup>, en catalán, y como valores relativos el alud de *cantares* y un cierto número de composiciones de más alcance en la producción castellana. Con mejor fortuna en sus amores,

<sup>49</sup> “De mi álbum”. Serie de composiciones breves incluida en el tomo *Poesías*, en las que despechado, enojado, el poeta protesta contra la infidelidad de su amada. María Rubió Rabassó casó en Vendrell con Narciso Sonet Ramon el día 23 de octubre de 1879.



tal vez hoy la poesía castellana y la poesía catalana contarían con un Guimerá lírico de grandes vuelos, a juzgar por las escasas composiciones de ese género publicadas. En la producción castellana inédita intuyen al lírico composiciones, por ejemplo, como la siguiente:

## A UNA FLOR

Suave brisa, que deslisa <sup>50</sup>  
al pasar sobre la flor;  
corre aprisa, corre aprisa,  
si te llevas la sonrisa  
del objeto de mi amor.

Flor galana, flor temprana,  
que la aurora estremeció,  
di: ¿no viste en la mañana  
otra flor pura y lozana?...  
Y la flor me contestó:

Era hermosa, era una rosa,  
no la busques por tu bien.  
En la zona calurosa  
marchitóse, presurosa  
ha brotado en el Edén.

Pero el amor no resultó un acicate para los grandes vuelos líricos. La esquividad de la doncella recortó las alas al poeta, trocando en desanimados, a veces en rencorosos *cantares* lo que en mejor ocasión hubieran sido entusiastas cánticos al amor o a la mujer amada. Algunos, elegidos al azar:

Hace tres meses que lloro  
la inconstancia de tu amor,  
y a pesar de tanta lágrima  
aún arde mi corazón.

\* \* \*

Ocultas niña en tus labios  
de fiechas repleta aljaba;  
por eso un suspiro tuyo  
se va a clavar en mi alma.

\* \* \*

<sup>50</sup> *Deslisa* por *desliza*. En la producción castellana de Guimerá abundan las confusiones ortográficas que, como la señalada, delatan la procedencia canaria del castellano del poeta.

Eres fría y desdenosa  
 en el mayo de la vida;  
 cuando te alcance el invierno  
 serás nieve endurecida.

\* \* \*

A tu puerta el viento gime  
 y entre suspiros te llama;  
 yo también gimo y suspiro  
 a las puertas de tu alma.

\* \* \*

Llevo en los ojos tu imagen;  
 llevo en los labios tu aliento;  
 en mi pecho está tu alma,  
 y la mía está en tu féretro.

\* \* \*

Era mi alma un laúd  
 do la dicha vibró poco,  
 que el diente del sufrimiento  
 todas las cuerdas ha roto.

No faltó momento en que el amante se creyó sinceramente correspondido, y ese momento se traduce en una mayor luminosidad de los *cantares*. Son los menos, y ellos podrían representar el embrión de futuros probables poemas líricos que la inconstancia del amor malogró en definitiva. Por ejemplo:

En los pensiles las rosas  
 sin rocío se marchitan;  
 niña, deja que humedezca  
 las rosas de tus mejillas.

\* \* \*

Sólo es feliz el esclavo  
 cuando rompe las cadenas;  
 las de tu amor, vida mía,  
 yo quisiera hacer eternas.

\* \* \*

Sabes, niña, que el reloj  
 contra nosotros conspira;  
 si estás lejos se detiene;  
 si llegas, se precipita.

\* \* \*

Nuestras almas son dos llamas  
que ardiendo juntas están;  
sólo un soplo de la muerte  
a las dos extinguirá.

No fué preciso el soplo de la muerte para extinguir a una de las llamas, la que ardía sólo en la ilusión del poeta. La evidencia de no ser amado por María le dictó un poema que respira despecho desde el título hasta el último verso, y en el que la forma esdrújula de los consonantes parece esgrimida como acerado aguijón:

#### A UN CORAZON DE HIELO

Niña simpática  
de rostro lánguido,  
de ojos dulcísimos  
más que el amor,  
tienes por séquito  
tropa de jóvenes  
que amor volcánico  
llevan en pos.

Por ti frenéticos  
los días rápidos  
con luz fatídica  
miran pasar.  
Por ti ridículos  
su vida es lóbrega  
sin una ráfaga  
de bienestar.

Que tú sin lástima  
mientes hipócrita  
a tus satélites  
fino querer,  
y luego estúpida  
muestras diabólica  
risa sarcástica  
por esquivez.

El blando céfiro  
pone su hálito  
entre los pétalos  
de tierna flor.

El sol purísimo  
con luz magnífica  
tíñe de púrpura  
la creación.

Los bellos pájaros  
de vuelo alígero  
llenan con cánticos  
la inmensidad;  
pero tú estática<sup>51</sup>  
cual flor escualida  
ni olor balsámico  
sabes lanzar.

Eres bellísima  
como los ángeles,  
mas sin espíritu  
ni corazón.  
Que eres inánime  
como los mármoles;  
que eres cual lámpara  
sin resplandor.

No es difícil atribuir una fecha al transcrito poema, por cuanto en el volumen autógrafo aparece entre otros dos, fechados: el primero, a 2 de marzo; el segundo, a 5 de marzo, ambos de 1869. A partir de esas fechas es ya inútil buscar en sus autógrafos castellanos algún rayo de luz en el aspecto amoroso. En aquel año 1869, que debía ser un año crucial para el poeta, Guimerá estaba anonadado. Su poesía es tremendamente melancólica. En 15 de julio fechaba una composición que resumía su estado de espíritu:

#### VIVIR ES PENAR

Triste es vivir sin soñar,  
mas también soñar es triste,  
porque enseña el despertar<sup>52</sup>  
que una verdad sólo existe  
y es la verdad del penar.

<sup>51</sup> Variante en el mismo autógrafo: *Sólo tú estática.*

<sup>52</sup> Literalmente: *porque enseña el despertar.*

Nace el hombre. Seductora  
la algazara le rodea;  
la madre su frente orea;  
le besa; es feliz... ¡ay, llora!  
ya la pena saborea <sup>53</sup>.

Niño, le admira el encanto  
de la rosa, flor galana;  
la coge, grita... ¡y en tanto  
de su diestra sangre mana  
y de sus ojos el llanto!

Joven, trémulo suspira  
a las plantas de su dueño.  
Arde en su pecho una pira,  
es feliz... ¡ay! no; es mentira  
porque su dicha es un sueño.

Anciano, su vida es santa;  
sueña sólo con el cielo;  
no es feliz, porque le espanta  
una sombra que levanta  
contra él la mano de hielo.

Triste es vivir sin sentir,  
mas también sentir es triste  
porque enseña, ¡ay! el vivir <sup>54</sup>  
que una verdad sólo existe  
y es la verdad del morir.

En 3 de agosto, muy verosíblemente atendiendo ruegos de algún músico amigo <sup>55</sup>, Guimerá escribió nuevamente en lírico. Si el supuesto músico esperaba lo que era lógico esperar de un poeta de veinticuatro años, optimismo y alegría, mal podía dárselos quien acababa de proclamar "que una verdad sólo existe y es la verdad del morir". Sus acentos tenían que ser necesariamente lúgubres, y el compositor

<sup>53</sup> Variante en el mismo autógrafo: *ya la vida saborea.*

<sup>54</sup> Variante en el mismo autógrafo: *porque enseña ¡ay! el sufrir.*

<sup>55</sup> La hipótesis se basa, en cuanto al poema a que me refiero, en la acotación *Para canto* escrita debajo el título. En este aspecto, cabe señalar la composición *A María*, bajo cuyo título se especifica: *Himno cantado por varias jóvenes, en la novena de los Dolores, en Vendrell*, además de un *Himno* titulado *El carlismo*, y *La monja* y *La luna de miel*, ambas subtituladas *Canción*. Me pregunto si el músico en cuestión sería el organista de la parroquia de Vendrell, don Carlos Casals, padre del genial violoncelista Pablo.

tendría que inspirarse en lo melancólico y lo fúnebre para dar expresión musical al poema:

PRIMER AMOR

*(Para canto)*

Madre, madre del alma,  
 ¿qué es el amor?  
 —Rosa bella entre espinas.  
 —¡Ay qué dolor!

—Tiene suave perfume,  
 néctar por miel.  
 Es infierno y es cielo.  
 —¡Suerte cruel!

Madre, aspiré su aroma,  
 su miel bebí;  
 besé la fresca rosa,  
 ¡pobre de mí!

Me embriaga su esencia,  
 loca estoy ya.  
 En el alma una espina  
 clavada está.

—Niña pura inocente,  
 cura tu mal.  
 —El amor tiene un grillo  
 que es de metal.

—Rómpelo, luz del cielo.  
 —Madre, por Dios,  
 arrancadme la vida,  
 el amor no.

Que sin vida, me queda  
 saber amar  
 para al mundo mil veces  
 poder tornar.

Y si pierdo la calma  
 tanto sufrir  
 cada instante con vida  
 será morir.

Dije antes que el año 1869 debía ser crucial para Angel Guimerá. Ya en el término de su aprendizaje, Guimerá estaba próximo a des-

aparecer como poeta castellano. Más: en 1869, Guimerá ya no era poeta castellano propiamente dicho, sino poeta bilingüe. El medio en que vivía le iba insensiblemente captando; sus amigos, y los entusiasmos de sus amigos, le iban sensiblemente influyendo. Su doble sangre—la catalana del padre, la canaria de la madre—hervía discorde en las tinieblas de sus venas cada una luchando por la primacía. En 1869 la atracción de ambas lenguas se hace patentísima en el volumen autógrafo del poeta. Las composiciones escritas en ese año están—casi diría providencialmente—fechadas y transcritas al referido volumen en orden cronológico indiscutible, de modo que permiten seguir al día al poeta bilingüe en su transición idiomática. El balance de fin de año, si me es lícito usar de una expresión comercial, acusa preponderancia de la poesía catalana sobre la castellana. En 1870, la preponderancia es total: una sola composición castellana, probablemente escrita para el álbum de algún admirador o admiradora a juzgar por la dedicatoria que constituye el título: *A D. H.* La composición está fechada, y ello permite afirmar que en 2 de julio de 1870 la poesía castellana perdió en Angel Guimerá a uno de sus cultivadores.

#### GUIMERÁ, POETA CANARIO.

Es hora ya de dedicar especial atención a la presencia de Tenerife en la poesía de Guimerá, ostensible, como dije antes, en la producción castellana que, como se acaba de indicar, Guimerá abandonó en 2 de julio de 1870.

Sería sencillamente absurdo aducir razones políticas para explicar la actitud de Guimerá. En 1869, en 1870, incluso admitiendo en él un catalanismo que todavía no sentía, nada le impediría escribir en ambas lenguas, la catalana y la castellana, como en ambas lenguas escribían muchos de los más conspicuos catalanistas. Incluso tengo para mí que el bilingüismo debió representar una ambición concreta de Guimerá al sentirse turbado por la dualidad idiomática, muy verosímilmente en la segunda mitad de 1868. No le arrastró la política; le arrastró el sentimiento, que es cosa muy distinta.

Entre los factores decisivos cabe señalar, en primer lugar, la definitiva aclimatación al terruño de su padre, la extraordinaria fuerza de

captación del medio ambiente; y en segundo lugar, la indeclinable contagiosidad de los juveniles entusiasmos. Los de los amigos de Guimerá, y muy especialmente los de Jaume Ramon i Vidales, su íntimo, su primer mentor literario, derivaban del resurgir espiritual de Cataluña que se conoce en la historia con el nombre de *Renaixença*. La divisa de ese movimiento era la frase de Capmany "No puede amar a su nación quien no ama a su provincia". Y esa enorme verdad que Ramon i Vidales y muchos otros jóvenes nacidos y criados en Cataluña descubrían a raíz de los Juegos Florales de 1868, habíala ya adoptado Guimerá, consciente o inconscientemente, bastante antes de ser tentado por los amigos a escribir también él en lengua catalana.

El fenómeno no deja de ser curioso. Los jóvenes nativamente catalanes despertaron al regionalismo. Guimerá era regionalista nato. En aquella fecha y antes de aquella fecha, Guimerá se había poéticamente manifestado regionalista canario al proclamar que su *patria* era Tenerife y evocándola desde el *extranjero clima*—Cataluña—, sin ocurrírsele preguntar si tales conceptos eran estatalmente ortodoxos, por cuanto la política, que es artificio de los hombres, está al margen de los sentimientos, que son creación de Dios. Lo que no le representaba, naturalmente, ningún obstáculo para considerarse un *hijo de Pelayo* en el soneto *Napoleón Bonaparte*, levantar un himno a *España libre* cuando el destronamiento de Isabel II, o entonar un cántico de unión y hermandad ibérica en uno de sus más célebres discursos en pro del regionalismo catalán.

No me cabe la menor duda que, de no haber sido expatriado, Guimerá habría sido una pieza importante en el resurgir canario, como fué, en la esfera literaria, Teobaldo Power. Por lo del sentimiento, claro está. Porque es presumible que Power y Guimerá hubieran coincidido en sus juveniles afanes, como en más o en menos debieron coincidir en la escuela de primera enseñanza de Santa Cruz. Porque el resurgir canario se cifra en la declaración de Puerto Franco, en 1852, precisamente en el año en que el padre de Angel Guimerá se trasladó a Cataluña, cuyo viaje fué causa del que desgajó al futuro poeta de su *patria* y le injertó en el *extranjero clima*. Sin tal viaje, sin tal expatriación, inmerso en su propio clima y contagiado por la fiebre constructiva, Guimerá hubiera ofrendado a Canarias lo que ofrendó a Cataluña: el producto de su genio. Y lo que en su vejez deploraba



—no haber visto al Teide, no haber observado a fondo a sus paisanos rurales en sus pasiones—, le habría sido base para concepciones análogas a *Terra baixa*, pero genuinamente tinerfeñas.

No son, las anteriores, suposiciones enteramente gratuitas. El mismo Guimerá lo testifica en las composiciones que reproduciré en el presente apartado, y que intentaré subrayar en los comentarios que las acompañan.

### *Persistencia atlántica.*

Partiendo del hecho cierto de que Guimerá tuvo horror al mar a causa de los temporales en él sufridos, llama la atención el que, sea como elemento esencial, sea como elemento secundario, una gran cantidad de las producciones juveniles de Guimerá sean de asunto marino. Podría aducirse que el mismo horror que le incapacitó para embarcarse en su vida le ofreció, en contrapartida, un amor platónico, nostálgico, al mar, al que rendiría tributo en aquellas composiciones y más tarde en el teatro con el drama *La filla del mar* y con la célebre tragedia *Mar i cel*. Podría darse, efectivamente, esta explicación. Pero se da el caso que el mar de las producciones poéticas castellanas de Guimerá no es el mar anónimo de los poetas, ni siquiera el Mar Mediterráneo, indiscutiblemente adscrito al de aquel drama y de aquella tragedia. El mar de Guimerá es, sencillamente, el mar canario, el Océano Atlántico.

El *atlantismo* de Guimerá no deja de producir una cierta sorpresa en un joven radicado en la costa mediterránea, fuese en Vendrell, cuya playa de Sant Salvador tenía en aquella época rango de puerto<sup>56</sup>, fuese en Barcelona, en que todos los días, desde la ventana de su habitación de internado podía ver las aguas mediterráneas en una extensión delimitada entre la montaña de Montjuïc y las viejas Atarazanas. Los seis o siete años transcurridos desde que con el alborear del 1854 dejó en el Estrecho las olas atlánticas, parecen

<sup>56</sup> La playa de Sant Salvador, denominada pomposamente *Puerto de Vendrell* en los registros que se conservan en el Ayuntamiento de la villa, cumplió funciones portuarias hasta el mes de enero de 1880. Los navíos que en ella hacían escala anclaban algo mar adentro, y el embarque y el desembarque se efectuaba por medio de barcazas.

suficientes no para olvidarias, pero sí para no recurrir precisamente a ellas sin una necesidad concreta y determinada. Tal es el caso de *El sueño y la muerte*, una de sus composiciones escolares. Está concebida en forma para que dos ángeles, el del sueño y el de la muerte, analicen cuál debe considerarse más feliz en su cometido. Para sostener su diálogo, ambos ángeles no precisaban de escenario concreto; podían discutir sus razones en un punto cualquiera del éter, a la puerta de humilde choza o en el centro de aristocrático salón. A Guimerá le plugo, sin embargo, que los ángeles de su poema dialogaran en Tenerife. Y preparó cuidadosamente, desde las primeras estrofas, el punto en que los dos ángeles debían darse cita:

El mar, ese gigante poderoso  
que irrita con su roce el raudo viento,  
alza la frente impávido y furioso  
soltando de sus fauces ronco aliento.

El sol, que viste manto rubicundo,  
tiñe las ondas de su luz brillante,  
lanza postrer mirada sobre el mundo,  
y abísmase en el fondo del Atlante.

Y la tierra impregnada de vapores,  
al faltarle el aliento soberano,  
se reviste de pálidos colores  
de la frondosa cúspide hasta el llano.

En tanto, de los mares se remonta  
nube ligera, que el espacio hiende,  
que cambia de color, mil veces pronta  
sobre selva aromática descende.

Y sube por los ámbitos del cielo  
armonía de pájaros cantores;  
y viste la aspereza de este suelo  
tupida alfombra de variadas flores.

Si *el mar* en la primera estrofa puede ser un concepto general, como puede serlo *la tierra* en la tercera, en la segunda es ya un elemento concretamente determinado: el Atlántico. De haber escrito Guimerá desde Lisboa, por ejemplo, el detalle carecería de significación; pero escribiendo en Barcelona, un ocaso atlántico resulta francamente absurdo, por cuanto en Barcelona, en Cataluña, el sol se

oculta siempre tras los montes de occidente. Esto es lo que da significación al poema, y ya tendré nueva ocasión de referirme a las puestas atlánticas: cuando en su escolaridad Guimerá escribía *El sueño y la muerte*, su espíritu no estaba en Barcelona, sino en Santa Cruz de Tenerife, en la bella isla canaria. La tierra indeterminada en el poema, en la quinta estrofa se transforma en *este suelo*, con un demostrativo que no es aplicable al concepto general de la Tierra, sino a aquella porción desde la que sea posible observar cómo el sol se abisma en el Atlántico, y sin antecedente que le dé concreta precisión, ya sobreentendido en el espíritu del poeta: Tenerife. Me pregunto si en los últimos versos transcritos—*y viste la aspereza de este suelo / tupida alfombra de variadas flores*—podría verse una alusión a la parte sur de la isla de Tenerife, la más árida—la sola que Guimerá conocía—, y otra a la parte norte y concretamente a la Orotava, que Guimerá conocía por solas referencias. La alusión se completa en el primer verso de la siguiente estrofa:

Allí, bajo feraz, verde palmera,  
dosel que la natura desplegara,  
se hallan dos seres de mirada austera  
cual si célica llama iluminara.

Son los dos ángeles, en trance de iniciar el diálogo, sin especial interés a los fines del presente apartado.

De ser exacta la división que me he permitido señalar en la primera producción guimeraneana, el primer poema que Guimerá escribiera en Vendrell, ya reintegrado a la villa de su padre, sería uno netamente canario, *Las Islas Fortunadas*, que reservo para más adelante. Y el segundo—siempre refiriéndome, claro está, al orden con que aparecen en el volumen autógrafo—, otro de origen netamente barcelonés: *El cólera*. Digo netamente barcelonés, porque aun cuando Santa Cruz de Tenerife sufrió una epidemia de cólera en 1846, Guimerá no podía tener ninguna idea de ello contando como contaba sólo un año de edad. En cambio, podía perfectamente recordar el cólera que se abatió sobre Barcelona durante el verano de 1854, estando él y sus padres en la ciudad condal, pasando las mil y una peripecias para trasladarse a Vendrell y escapar luego de Vendrell por haberse declarado también allí la epidemia. Pues bien: también

este poema está tocado de atlantismo y desde su misma primera estrofa:

Iba tocando al crepúsculo  
Febo, con el paso rápido,  
tiñendo el mundo de ópalo  
al hundirse en el Atlántico.

Y aquí la imaginación de Guimerá salva lo que en la más estricta realidad no puede salvar ningún escritor en Cataluña: toda la anchura de la Península Ibérica para hacer explicable aquel ocaso atlántico. Así lo da a entender la cuarta estrofa y concretamente en su primer verso:

Ya ha cubierto el suelo ibérico  
de la noche el triste hábito;  
ya la luna con luz férvida  
da al mundo colores pálidos.

Lo que no obsta para que, en la búsqueda de consonantes esdrújulos —muy posible razón de ser de la señalada incompatibilidad para un escritor en Cataluña—, el poeta se sirva de términos de comparación de factura no catalana, ni ibérica, sino canaria:

¿Queréis que siga impertérrito  
siendo de la muerte el árbitro  
si sólo a mi nombre ¡el Cólera!  
tiemblan cual suelo volcánico?

Posteriormente a aquellas *Ruinas del castillo de Bellvey*, que señalan, a mi entender, según he ya indicado, un primer ensayo de traducción poética directa, es decir, cuando lo inmediato tenía ya poder de atracción para el poeta, aparece el poema *La plegaria*, cuyas dos primeras estrofas parecen ser, y probablemente son, alusivas a Tenerife. Dice en la primera:

La noche adelanta; sus tibios fulgores  
oculta la luna tras negro crespón;  
el aura tranquila se duerme en las flores,  
y el mar acaricia quebrado peñón.

Las *peñas* y los *peñones* son casi tan abundantes como los poemas guimeraneanos de la época que hacen más o menos referencia al mar;

en muchos casos pueden ser considerados según su sentido propio; en otros, adquieren la significación de isla, o por lo menos de costa. En uno o en otro caso no tienen relación con Vendrell, cuya playa se extiende sin accidentes. El quebrado peñón del poema a que me refiero es una costa, según se infiere de la segunda estrofa:

De pronto amanece. La aurora rosada  
reviste los montes de claro esplendor;  
se extiende en los valles; pensil, enramada  
anuncia doquiera los rayos del sol.

Y según se infiere de la tercera, una isla, puesto que prácticamente no media distancia entre el mar, el valle y el monte:

Ya el aura sacude las flores dormidas,  
rizando las ondas quizás con amor;  
ya dejan las fieras sus tristes guaridas;  
del rústico lecho ya salta el pastor.

El poema que le sigue, *El barón fuerte*, es más claramente alusivo a Tenerife dentro de la fantasía que preside las composiciones:

¿Qué me importa de la tierra  
los vaivenes y temblores?  
¿Qué me importan los horrores,  
los estragos de la guerra?

¿Qué me importan los volcanes  
con su ardiente torbellino?  
¿Y el furor del remolino  
con la fuerza de titanes?

Así empezando, ya no es de extrañar que el valiente, el intrépido, el tenaz marinero, aparezca

Fijo, cual roca segura  
en el proceloso Atlante.

Guimerá llevaba escritos ya distintos *cantares* amorosos en las páginas de su volumen autógrafo. Poeta vendrellense y enamorado de una belleza de la villa, nada tiene de extraño y mucho de natural que los guerreros y las damas de anteriores fantasías caballerescas se trocaran en personajes de menos alcurnia protagonizando historias de amor. Ya sabemos que Guimerá no fué correspondido por su

amada. Y es probablemente ésta la razón de que sus nuevas historias de amor sean de cuño desgraciado. Casi me atrevería a indicar que están escritas con valor de parábola, como medio sutil para aleccionar a la esquiva doncella sobre los funestos extremos a que puede conducir un desesperado amor. Tales poemas son, en general, de asunto marinero, lo que no es absolutamente impropio hablando de Vendrell y a mediados del pasado siglo. Pero lo que resulta impropio es que no sean mediterráneos. La composición que abre la serie, y que, dada su corta extensión, permite la reproducción íntegra, es explícitamente atlántica, según puede verse en las dos alusiones en ella contenidas:

#### EL PASTOR

Llanto frenético  
 suelta un pastor  
 bajo la cóncava  
 roca o peñón;  
 y el eco enérgico  
 con triste voz  
 repite trémulo  
 nuevo clamor:  
 “¿Por qué el Atlántico  
 fiero rugió  
 sobre los mástiles  
 del pailebot,  
 y alzando férvido  
 grito feroz,  
 mi amada Angélica  
 ¡ay! se tragó?  
 ¿Qué? en lo recóndito  
 de ese peñón,  
 do está su túmulo,  
 mares de horror,  
 ¿qué? ¿allá en su féretro  
 lejos de Alción,  
 bajo tu sábana  
 no quepo yo?”  
 Calla, y los céfiros  
 dicen veloz:  
 “Ve a su sarcófago,  
 ve, caben dos”.  
 Como una ráfaga

corre el pastor,  
y dando al céfiro  
un triste adiós,  
húndese rápido  
bajo el mantón  
del mar Atlántico<sup>57</sup>  
que suspiró,  
formando círculos  
de blanco azor.

Frente al transcrito poema, como al referirme a *El cólera*, podría aducirse la presencia del Atlántico como obligada consecuencia del imperativo de los consonantes esdrújulos; lo que no impide observar que en un poema posterior, *Un bien perdido*, la idea atlántica reaparece en aquellos casos marítimos de imposible observación desde Cataluña y a los que ya me he referido:

Cada tarde, cuando el sol  
con gala de finas blondas  
busca lecho entre las ondas  
que se tiñen de arrebol,

imagen que se repite en la penúltima estrofa del poema y con las mismas palabras, salvo en el primer verso concebido en forma de conclusión:

Y por eso cuando el sol...

*Un bien perdido* puede ser fechado en el año 1868, cuando en el espíritu de Guimerá hicieron decisiva mella los factores ambientales que le orientaron al bilingüismo primero y al uso exclusivo del catalán después.

#### *Persistencia canaria.*

El año 1868 señala, amén de los veintitrés años de edad de Angel Guimerá, los catorce transcurridos desde su desembarco en el puerto de Barcelona. Catorce años de lenta aclimatación, y, a juzgar por los ejemplos reproducidos, casi podría decirse de resistencia a la aclimatación. Sería un error atribuir a un propósito deliberado esa resis-

<sup>57</sup> Escrita en lápiz, una variante en el mismo autógrafo: *del mar anchísimo*.

tencia. Cierto es que, a su llegada, Cataluña no fué tierra grata al niño Guimerá. Traía de Canarias infantiles prejuicios que le habían indispuerto con el idioma de su padre, áspero, duro y repelente a sus oídos<sup>58</sup>; el viaje había sido, más que accidentado, fatídico; Barcelona, con sus murallas, sus calles angostas, sus pisos sin luz, le parecería sombría en comparación con la luminosa Santa Cruz de que procedía; la incomprensibilidad del habla de los naturales, que según expresión suya le “dañaba los oídos”; la azarosa aventura impuesta por la epidemia de cólera; todo parecía haberse conjurado para que Guimerá se sintiera refractario a admitir aquella tierra como su nueva patria. Pero no creo hubiera en el ánimo de Guimerá deliberado propósito de mantenerse espiritualmente al margen de aquella tierra y de sus habitantes. De haber existido tal propósito, en pocos años los juegos y la camaradería de los mozalbetes lo habrían disipado.

Hubo, eso sí, una *persistencia canaria* en el seno de la familia, más acusada o no tan acusada según que ésta ocupara el domicilio barcelonés o el vendrellense. Don Agustín, el padre de Guimerá, por razón de sus menesteres comerciales, tenía piso alquilado en Barcelona, piso que con alguna frecuencia ocupaba con la esposa y los hijos. Esa frecuencia, que un biógrafo ha creído reglamentada<sup>59</sup>, se fundamentaba en las preferencias de doña Margarita Jorge, que no estaba a gusto en la casa solariega de Vendrell; en Vendrell la familia Guimerá, y especialmente en los primeros años, compartía el techo y la mesa, además de con la madre de Agustín, María Fonts i Rubió, con la familia Romeu, formada por el matrimonio de una hermana de Agustín, Angela, con Josep Romeu i Sivillà, cuyos hijos nacieron en aquella misma casa. Siendo ambas familias de idiosincrasia distinta y usando de distinto idioma, se comprende que doña Margarita se sintiera más a sus anchas en Barcelona, donde su familia estaba constituída exactamente igual que como en Santa Cruz de Tenerife.

Barcelona fué el domicilio habitual de la familia Guimerá durante

<sup>58</sup> Guimerá oyó por vez primera hablar catalán en el puerto de Santa Cruz de Tenerife y a los siete años de edad. Trátase de la visita que, con él, efectuó su padre a un velero procedente de Vendrell y con tripulación catalana. Tan ásperamente sonó a los oídos de Angel aquel desconocido idioma, que las cordialidades y las efusiones de los interlocutores se le antojaron enconadas disputas.

<sup>59</sup> Carles Capdevila, op. cit., 49.



los años de escolaridad de Angel en los Escolapios. Alumno interno, a Angel, como a sus compañeros, le era permitida la vida familiar todos los domingos, según testimonio del mismo poeta<sup>60</sup>. Y la vida familiar barcelonesa era una prolongación de la vida familiar canaria. En lengua castellana y con el dulce acento canario se expresaban todos los miembros, incluso el jefe de familia, el catalán Agustín; al estilo canario se cocinaba y se comía; de modo que de paredes adentro, doña Margarita y sus hijos podían fabricarse la ilusión de vivir en su isla natal; a tal punto, que no llegaran a sorprenderse demasiado si, al asomarse, un día la casualidad les brindaba ver pasar a un camello ante su casa, como tantos vieron pasar en Santa Cruz.

No es improbable que esa persistencia canaria imprimiera un cierto freno al proceso de aclimatación de Angel Guimerá; en cambio, creo puede asegurarse que contribuyó de un modo extraordinario a la conservación del sentimiento canario como fundamental y esencial en el joven escolar y ya aprendiz poeta. Más adelante tendremos ocasión de considerar la posibilidad de otras influencias canarias reforzando las meramente familiares.

*Con lira isleña.*

Vimos rezumar el canarismo de Guimerá en alguna de sus poesías escolares, en otras post-escolares y otras ya distanciadas por los años de la época de escolaridad; vimos el *atlantismo* de Guimerá delatando su procedencia canaria, indicando claramente que a pesar de la insoslayable influencia del ambiente, el espíritu de Guimerá estaba en Canarias y no en Cataluña. Nos falta ver al poeta, no en nuevas alusiones delatorias, sino en producciones directamente ligadas con la Isla de que procedía.

La primera composición netamente canaria es un canto al Archipiélago, que, como indiqué anteriormente, señala, a mi modo de ver, el inicio de la poesía escrita sin la influencia directa del aula, es decir, en Vendrell, con libre y manifiesta voluntad de creación. Tengo para mí que Guimerá escribió el poema principalmente como agasajo a

<sup>60</sup> Angel Guimerá: *Record al P. Sallarés*, "La Escena Catalana", Barcelona, 18 julio 1925, pág. 14.

su madre, la mujer racialmente canaria que le había dado el ser y, también, la bondadosísima madre que le alentaba a seguir el camino de la poesía. Dice así:

#### LAS ISLAS FORTUNADAS

Un día rugió el mar. Con ronco acento  
 los Euros a las ondas irritaron;  
 y al compás de un estrépito violento  
 en montañas de espuma se elevaron,  
 que llegando a la playa, con intento,  
 las brillantes arenas esmaltaron  
 con restos de las naves destruidas  
 al choque de sus fuerzas desmedidas.

¡Horrendo en sus furores fué aquel día!  
 Los densos y apiñados nubarrones  
 por el éter vagaban a porfía;  
 al choque de los fieros Aquilones  
 el mar, con denodada valentía  
 escalaba los áridos peñones  
 cual gigante de orgullo y de altiveza  
 que ambiciona encumbrarse a la grandeza.

Mas de pronto los genios voladores  
 huyeron a regiones apartadas  
 arrastrando a los túrpidos vapores  
 que empañaban al sol. Las encumbradas  
 y yertas olas, remedando amores,  
 dejaron sus fierezas olvidadas  
 al pie de ese peñón que combatieron,  
 y doblando la frente se durmieron.

Y en vez de esa titánica bravura,  
 y en vez de aquel horrible desconcierto,  
 elevóse, veloz, por la espesura,  
 llegando a los confines del desierto,  
 coro armonioso que placer augura;  
 coro sublime, celestial concierto,  
 que en las olas dormidas se desmaya,  
 y repiten los ecos en la playa.

Mas luego, por las rocas africanas,  
 descubrióse en alegre comitiva,  
 siete ninfas o diosas, siete hermanas,  
 de faz hermosa, de mirada altiva,

# Las Islas Fortunadas.

Un día rugió el mar! con ruidos acento  
Los cursos a las ondas excitaron,  
Y al compás de su retépido violento  
En montañas de espuma se elevaron,  
Que llegando a la playa contentos,  
Las brillantes arenas emaltaron  
Con restos de las naves destruidas  
Al choque de sus fuerzas de medidas.

Horrendo en sus furios fue aquel día!  
Los demonios apinados en barrones  
Por el eter vagaban a porfía;  
Al choque de los fieros Aquilones  
El mar, con densidad patente  
Escalaba los muros peñones;  
Cual gigante de orgullo y de albriza!

que avanzan majestuosas cual sultanas  
al compás de una cántica expresiva,  
suspendiendo de pronto sus cantares  
al llegar a la orilla de los mares.

Visten manto de nítida blancura  
con cimbria rozagante de esmeralda;  
orla su frente, pródiga natura,  
de rosa y de azucena una guirnalda  
que guarda y aprisiona con usura  
las trenzas que se pierden por la espalda,  
blondas, como la mies a que remeda,  
suaves, como las hebras de la seda.

Nivaria es la mayor; si a andar se atreve,  
las brillantes arenas avasalla  
bajo su pie más blanco que la nieve;  
si mira el hondo mar, su furia acalla  
trocando la bravura en canto leve;  
si luego se retira, airado estalla  
y parece que llora a la hermosura  
arrugando su líquida llanura.

Hoy cual siempre, las ondas se estremecen,  
saludando a Nivaria en su llegada;  
hoy cual siempre, las aguas humedecen  
la planta de la ninfa perfumada  
y luego murmurando se adormecen;  
mas ella con la frente levantada,  
tornando a sus hermanas piacentera  
a todas les habló de esta manera:

“Sois hermosas; los vientos y los mares  
suspenden el furor de su coraje;  
nos saludan los robles seculares,  
y los hombres nos rinden vasallaje;  
y al ver nuestras bellezas singulares  
los dioses nos tributan homenaje;  
y todos nos ofrecen a porfía  
amor, divinidad e idolatría.

Mas decidme: ¿qué importa de los Cielos  
respirar el perfume de grandeza,  
si en premio de esos míseros desvelos  
ajada se verá nuestra pureza,  
y luego, satisfechos sus anhelos,  
el desprecio será nuestra belleza,  
pues la flor cuando adorna los festines  
ya no vuelve a brillar en los jardines?”

Nivaria enmudeció; las otras bellas miráronse en las aguas de una fuente; y luego, alborozadas todas ellas dijeron con lenguaje vehemente: "Preferimos ser reinas y doncellas a la orilla del piélago inclemente, que apurar en los Cielos la ambrosía a costa del placer y la alegría."

Mas de pronto la bóveda retumba, y avanzan como sombras funerales el genio de la noche <sup>61</sup>. El viento zumba arrancando las peñas desiguales, y el mar, ¡el ronco mar!, fiero derrumba la arena que guarnece sus umbrales; y el mar, ¡el ronco mar!, bajo sus huellas, ¡ay! sepulta a las trémulas doncellas.

En medio de esta lucha de gigante la noche transcurrió; nuevos albores brillaron cual diadema rutilante. Cesó la tempestad en sus horrores; mas ¡ay! por las llanuras del Atlante, en medio de los diáfanos vapores lucieron siete rocas: siete hermanas, juguete de las ondas africanas.

Y en medio del silencio más profundo descendiera esta voz de los espacios: "Quisisteis habitar siempre en el mundo a trueque de los célicos palacios; despreciasteis los dioses tremebundos por vestiros de perlas y topacios; sufrid pues, como ninfas, desgraciadas; como rocas, seréis Afortunadas."

La transcrita composición debe corresponder a últimos de 1862 o a comienzos de 1863, a los diecisiete o dieciocho años del poeta. Como autor, Guimerá debía estar contento de su obra; pese a los defectos que una crítica rigurosa podría señalar en ella, no faltan cualidades ni está exenta de logradas expresiones. Como isleño, Guimerá estaría tan satisfecho como su madre ante aquel cántico a las Islas y especialmente a la mayor, en la que habían nacido.

<sup>61</sup> Obsérvese la falta de concordancia, por posible inadvertencia al copiar el poema en los pliegos autógrafos, transcribiendo *el genio* por *los genios*.

No puede afirmarse rotundamente si *Las Islas Fortunadas* hubiese podido ser el único poema que Guimerá dedicara, de una manera inequívoca, a su tierra natal. Sin embargo, es presumible. Pese a las constantes alusiones atlánticas, pese a los peñones y a las palmas y palmeras que se suceden en las páginas autógrafas de Guimerá y que delatan su espíritu inquebrantablemente canario enclavado, cual otro peñón, en tierra catalana, el poeta no parece inclinado a escribir nuevos cánticos a la Isla en general ni a particularidades de ella, cual el Teide que la representa y simboliza, cual la cruz, emblema de su ciudad de procedencia. Insensiblemente—y fatalmente—Guimerá sufría la atracción del medio, incrementada en su tiempo por ese poderoso elemento que se llama Amor. Sí; es lícito sospechar que *Las Islas Fortunadas* representan un islote canario en la producción castellana de Guimerá. Pero en el seno de su familia se produjeron unas circunstancias que actuaron a modo de revulsivo y dieron nuevos bríos al poeta isleño, al poeta canario que era Guimerá.

Ya en las primeras páginas del presente trabajo he hecho alusión a un hermano de Angel Guimerá, su único hermano, Julio, poco menos de cuatro años más joven que el poeta. Julio Guimerá fué también alumno interno en el colegio barcelonés de los Escolapios, cuyos recuerdos—algunos dibujos, firmados y fechados—se conservan, con otros análogos de Angel, en el que fué domicilio barcelonés del poeta, en la calle Petritxol. Julio Guimerá tuvo que ser repatriado a Tenerife en fecha ignorada, pero no anterior a 1863, a causa de su precaria salud. Afecto, al parecer, de tuberculosis, y habiendo indicado los facultativos la conveniencia de otros aires marítimos, Julio reembarcó para Santa Cruz de Tenerife, confiado a la tutela de Isidro Guimerá Fonts<sup>62</sup>, hermano de Agustín, el padre de Angel. Julio Guimerá falleció en Santa Cruz de Tenerife en 10 de febrero de 1867<sup>63</sup>.

<sup>62</sup> Isidro Guimerá Fonts, abuelo del finísimo poeta y ensayista tinerfeño José Manuel Guimerá, alcanzó una cierta notoriedad a causa de su longevidad: murió en Santa Cruz de Tenerife en 26 de febrero de 1916, a los noventa y cinco años cumplidos.

<sup>63</sup> La muerte de Julio Guimerá constituyó un verdadero y apasionante problema. En Cataluña se daba por cierto que había fallecido en Canarias, y en Canarias se estaba seguro que había muerto en Cataluña. En 1949, cuando no había aparecido aún el volumen autógrafo de Guimerá, y al solo amparo del título *Al Teide, en la muerte de mi hermano* dado por Cubas, insté a mi querido amigo Leopoldo de la Rosa para buscar el óbito en Santa Cruz de Tenerife. La

En tal día, 10 de febrero de 1867, Angel Guimerá había escrito una jocosidad poética con ánimo de mandarla a su hermano Julio, muy probablemente como en ocasiones anteriores le había mandado composiciones suyas, festivas o no festivas. Aquella jocosidad es una de las composiciones citadas por Cubas y por Caravaca<sup>64</sup>, titulada, según el primero, que la reproduce<sup>65</sup>, *El llanto de Elena*, y según el segundo, *El llanto de Elisa* por probable confusión. Al percatarse Guimerá de la trágica paradoja a que le había sumido el destino en aquel 10 de febrero de 1867, al copiar la composición en los pliegos de su ya algo nutrido volumen autógrafo<sup>66</sup>, sustituyó el lógico título inicial—*El llanto de Elena*—por una sobria dedicatoria, y apostilló el poema. Lo transcribo atendiendo a su valor de documento humano.

#### DEDICADA A MI HERMANO JULIO

¿Lloras?, ¿lloras, Elena? ;Cielo santo!  
 ¿Qué recuerdo en tu ser revolotea  
 que así derramas silenciosa el llanto?  
 ;Lloras!... Bien haya la afictiva idea  
 de donde nace un seductor encanto,  
 cual hijo hermoso de una madre fea.

Nadie nos oye. A la rojiza llama  
 que levanta la leña consumida  
 cuéntame tu pesar. Di: ¿quién derrama  
 acíbar en las horas de tu vida?  
 Si es un temor, responde: ¿quién lo inflama?  
 Si es un recuerdo, dime: ¿quién lo embrida?

¿No es temor ni recuerdo? ;Extraña cosa  
 que produce un extraño desatino!  
 Tal vez fué una ilusión que vaporosa  
 invocara la mente en su camino...<sup>67</sup>.

---

tenacidad de este impagable colaborador se estrelló ante los registros de la parroquia de la Concepción, pero se vió coronada en los de la iglesia del Pilar, que sólo excepcionalmente y durante un limitado período de tiempo se ocupó también de los entierros.

<sup>64</sup> Véase el tercer párrafo del apartado *El aprendiz poeta*.

<sup>65</sup> Véase *Epistolari* cit., pág. 21.

<sup>66</sup> La composición ocupa las páginas 135 y 136.

<sup>67</sup> En la versión dada por Cubas: *Levantara la mente en su camino*.

## Dedicado

a mi hermano Julio.

¿Lloras? ¿Lloras Elena? ¡cuello santo!  
¿Qué recuerdo en tu per. revolotea  
Que así derramos silenciosa el llanto?  
¿Lloras!... bien haya la aflictiva idea  
De donde nace un seductor encanto  
Cual hijo hermoso de una madre fea.

¡Adiós, nos ves! ¡la peyiga llama  
Quié levanta la lena consumida  
Cuéntame tu pesar, di quien derrama  
Siibar en las horas de tu vida.  
Si es un temor, respóndeme quien lo inflama  
Si es un recuerdo, dime quien lo embriada.

¿No es temor ni recuerdo? ¡extraña cosa  
Que produce un extraño desatino!  
Tal vez fue una ilusión que vaporosa  
Proscara la mente en pul samirio...  
¿Tampoco es ilusión Elena hermosa?  
¡Real y vaporosa!... pues ni atino.

El poema festivo que Guimerá escribía el día del fallecimiento de su hermano, ya con el título cambiado (véase el grabado siguiente).



¿Acaso su presencia te da pena?...  
¿Dices mi melicor? importuna idea!  
Soy yo esta vito, ¿no? pues vaya, Elena.  
Cucheta tu lloro, mas que esta vida sea  
— solo mis ojos á llorar condena  
Ese bizow que sin reposo humea.

---

10 febrero 1867.

Precisamente, al hallarse mi querido hermano en la agonía, y ignorando tan inmensa desgracia escribí esta poesía para el destenada.

Final del poema festivo, con la fecha y la apostilla que justifican el cambio de título.

¿Tampoco es ilusión, Elena hermosa?  
 ¿Real y vaporosa!... Pues no atino<sup>68</sup>.

Acaso su presencia te da pena...  
 ¿Que sí me dices? ¡Importuna idea!  
 Soy yo, está visto. ¿No? Pues, vaya, Elena,  
 cuenta tu lloro más que extraño sea.  
 —*Sólo mis ojos a llorar condena*  
*ese tizón que sin reposo humea.*

10 febrero 1867.

Precisamente, al hallarse mi querido hermano en la agonía, yo ignorando tan inmensa desgracia escribía esta poesía para él destinada.

La primera reacción poética de Guimerá a la muerte de su hermano fué simplemente humana, y viene señalada por un soneto que contrasta con la jocosidad de la composición precedente:

#### DESESPERACION

“Sí; la vida es llorar. Basta de pena.  
 Bien haya el Cielo, cuyo brazo fuerte  
 desató la tormenta y dió la muerte  
 a esa palma feraz, de vida llena.

Aquí es el hombre esclavo en la cadena;  
 soñando libertad, despierta inerte.  
 Es dolo suspirar cuando la suerte  
 arranca un alma de la seca arena.”

Así exclamaba yo, con grito adverso,  
 en tanto que las lágrimas corrían  
 por la mejilla que el pesar desdora.

Y al borar del papel mis pobres versos,  
 parece que las lágrimas decían:  
 “No es placer el placer cuando se llora”.

La segunda reacción fué doblemente humana e isleña. Así como, en mi opinión, para honrar a su madre Guimerá compuso unos años

<sup>68</sup> En la misma versión: *¡Vaporosa y real!... pues yo no atino...* En nota, dice Cubas que en la copia examinada aparece una tachadura que comprende del verso doceavo al diecisieteavo, efectuada, al parecer, por Jaume Ramon i Vidales. Guimerá debió considerar excesiva la severidad de su amigo y mentor, por cuanto no tuvo en cuenta la tachadura al proceder a la copia definitiva de su poema.

antes un cántico a las Islas Canarias, así, para honrar a la memoria de su hermano compuso otro a la mayor de las islas, Tenerife, aquella de que los tres procedían y aquella en que había muerto Julio Guimerá. El poema no está fechado, pero es presumible que no le separarán muchas semanas de aquel 10 de febrero de 1867. Al escribirla, Guimerá volcó su alma en la composición. Y al copiarla en sus pliegos autógrafos, cual el escolar preparando un manuscrito para los exámenes, puso especialísimo esmero en la pulcritud caligráfica desde el atildado título hasta el último verso, íntimo y complementario honor que el poeta dedicaba a su hermano.

Este es el más representativo de los poemas de Guimerá desde el punto de vista canario, y en el que se contienen las bases de mis anteriores afirmaciones sobre el regionalismo nato del poeta. Ya las señalaré, no sin antes transcribir el poema:

#### AL TEIDE

##### EN LA MUERTE DE MI HERMANO.

Dime, peñón del tinerfiano suelo:  
 Tú que entre gasas de zafir brillante  
 alzas la frente majestuosa al cielo;  
 dime, sí, dime, solitaria roca,  
 altivo Teide, ídolo triunfante  
 de un recuerdo que lágrimas provoca;  
 di: ¿viste acaso levantarse ufana,  
 de las rocas de Añaza, un alma pura,  
 sublimarse a las nubes silenciosa,  
 dejar su cima en la región lejana,  
 igualar a los astros en altura,  
 y perderse en el éter vaporosa,  
 cual se pierde en el mar la blanca vela  
 de la frágil y pobre carabela?

¿La viste, di, la viste?... ¿Por qué callas?  
 ¿Acaso el eco de mi pobre lira,  
 sobre la tierra ardiente que avasallas  
 no llega a suspirar? ¿Acaso errante  
 cruza el espacio y vagoroso expira  
 en la hundosa llanura del Atlante?  
 Brisa, lozana brisa, si te alejas,  
 pon a las plantas del volcán nivario

## Desesperacion.

Si; la vida es llorar. Basta de jania!  
 Bien haya el Cielo, cuyo brazo fuerte,  
 Desató la tormenta y dió la muerte  
 A esa palma feraz, de vida llena.  
 Aquí es el hombre, esclavo en la cadena;  
 Soñando libertad, despierta inerte.  
 Es dolo suspirar cuando le muerte  
 Arranca un alma de la poca arena.  
 Así exclamaba yo con grito adverso,  
 Entretanto que las lágrimas corrian  
 Por la mequilla que el pensar desdora.  
 Y al hoerac del papel, mis pobres versos  
 Parecían que las lágrimas decían:  
 No es placer el placer cuando se llora.

Al Reyde  
en la muerte de mi hermano.

Dime peñon del Kincafiaro suelo,  
Tu que entre gasas de zafiro brillante  
Abas la frente magestosa al cielo,  
Dime, si dime, solitaria roca,  
Activo Reyde, idolo triunfante  
De un recuerdo que lagrimas provoca,  
Dijiste acaso levantar ufana,  
De las rocas de Anaga, un alma pura,  
Sublimarse a las nubes silenciosa,  
Dejar tu cima en la region lejana,  
Igualar a los astros en altura,  
Y perderse en el eter vaposa,  
Cual se pierde en el mar la blanca vela  
De la fragil y pobre carabela?!

¿La viste, di, la viste?... Porque callas?  
Acaso el ceo de mi pobre lira,

mi súplica de amor; mas si entretanto  
se complace en callar, posa mis quejas  
encima de su pico solitario;  
que tal vez con la historia de mi llanto,  
tiemble su mole y dé suspiro roto  
con el hondo fragor del terremoto.

Era una tarde silenciosa y fría;  
blanco turbante de apiñada nieve  
tu volcánica frente guarnecía;  
desplegando su manto de tristura  
camina el astro rey, con paso leve,  
a buscar en las ondas sepultura.  
Tristes las aves, por la selva umbría  
a la brisa prodigan quejas solas;  
y en sus alas las brisas las llevaban  
presurosas al mar, y allí pedía<sup>69</sup>  
blando suspiro a las dormidas olas,  
y suspiros y quejas derramaban,  
que los genios del mar con sordo estruendo  
iban de peña en peña repitiendo.

¿Y sabes por qué el aire se amilana  
quejas llevando en su carrera lenta?  
Era el diez de febrero: la campana  
en la torre más alta de Nivaria<sup>70</sup>  
por la muerte de Julio se lamenta  
elevando a los cielos su plegaria.  
Y al tender el monarca de la noche  
su crespón en la arena abrasadora,  
¿sabes, coloso de la patria mía,  
por qué cierra la flor su hermoso broche?  
¿Sueña quizá con besos de la aurora?  
¡Ah, no!... que guarda en su corola fría  
lágrima celestial, que en su tristura  
soltó mi hermano al remontar la altura.

Por eso oculto, en extranjero clima,  
mi labio, Teide, sin cesar te nombra  
y pide al que entre soles te sublima

<sup>69</sup> Posibles últimas correcciones desorientaron a Guimerá entre la concordancia y los consonantes.

<sup>70</sup> Probable alusión al alto campanario de la iglesia de la Concepción, o tal vez al de la catedral de La Laguna, no ya porque la antigua capital esté situada a quinientos metros de altura, sino teniendo en cuenta que el adjetivo *nivaria* figura en el título del obispado.

a la playa volver que vió mi cuna,  
 con las plantas hollar tu varia alfombra <sup>71</sup>,  
 y a la luz misteriosa de la luna  
 poner sobre la tumba de mi hermano  
 una diadema de esas flores bellas  
 que escarcha con sus perlas el rocío;  
 y aunque me tiemble de emoción la mano,  
 en el mármol trazar estas querellas:  
 "Yo te amaba en el mundo, hermano mío;  
 mas ahora que estás lejos del mundo,  
 hacia ti mi cariño es más profundo".

En este poema alienta algo más que el mero—por muy profundo—sentimiento derivado de la muerte de Julio Guimerá. En este poema alienta Canarias, y más concretamente Tenerife. La evocación de la tierra natal es mucho más cálida que en *Las Islas Fortunadas*; en éstas era sonriente complacencia; en *Al Teide* es una solemne confesión. El Teide es el *ídolo triunfante de un recuerdo que lágrimas provoca*; creo sería mucho arabesco si la frase contuviera sólo una alusión al fallecido hermano, en la que lo de *ídolo triunfante* no parecería muy apropiado. Interpreto la frase como una poética alusión al suelo natal, ese suelo que más adelante en el poema proclama sin ambages *la patria mía*.

Es de observar que la alusión más concretamente santacrucera del poema consiste en *las rocas de Añaza*, con esa denominación que parece costanera o montañera, y que en la realidad se aplica al pedregal que constituye la playa de Santa Cruz. La alusión tiene importancia por cuanto las rocas de Añaza, la playa sin casi arena, están vinculadas a la vida tinerfeña de Angel Guimerá. Seguro escenario de sus no improbables correrías y travesuras, enclavadas en el límite marítimo de su querido barrio de El Cabo, esas benditas rocas que en el poema están evocadas en primer término y que casi aparecen como erigidas en el símbolo de Santa Cruz, constituían poco menos que la totalidad de su mundo santacrucero. Eran *su* Santa Cruz, el más intensamente vivido. Por ello difícilmente hallaría Guimerá plataforma sentimental más firme para interpelar al "coloso de la patria

<sup>71</sup> Al trasladar a sus pliegos el poema, Guimerá alteró la sucesión de los versos; las cifras 1 y 2 escritas al margen de éste y del anterior, restablecen el orden.

mía”, al “ídolo triunfante”, y expresar el deseo de “a la playa volver que vió mi cuna”.

Las demás alusiones contenidas en el poema no tienen la fuerza de vivencia de las rocas de Añaza. El Teide comprendido, naturalmente. Como ya he indicado, al “peñón del tinerfiano suelo” jamás pudo Guimerá contemplarle ni guarnecido de “blanco turbante de apiñada vieve” ni sólo en la impresionante majestad de “su pico solitario”. Ni pudo incluso tener alguna sensación de sus temblores para hablar con propiedad del “hondo fragor del terremoto”, por cuanto le faltaba experiencia en este aspecto y se expresaba por solas e inequívocas referencias maternas. No: las demás alusiones contenidas en el poema no tienen la fuerza de vivencia de las rocas de Añaza; pero expresan hasta qué punto Guimerá, “oculto en extranjero clima”, seguía con apasionado interés la exaltación del indígena que en aquellas fechas caracterizaba el romántico renacimiento de las Islas Canarias.

Ello es de ver a partir del primer verso, y en el uso del adjetivo *tinerfiano* en vez de tinerfeño, menos literario, más corriente; o en el de *nivario* en vez de níveo; y, similarmente, en el de *Nivaria* que figura en el blasón episcopal de Tenerife. Es evidentísimo que tales particularidades literarias no podían ser familiares a Guimerá ni a los siete años de edad, ni a los ocho, cuando su mayor interés consistía en corretear por su barrio de El Cabo, fuese en las rocas de Añaza, fuere en la parte opuesta, en la parte alta de la calle de Canales, persiguiendo a las “cochinillas” que en aquellas fechas enrojecían las chumberas, intensamente cultivadas como primera materia para la obtención de colorante.

¿Cómo se explica que a los trece años de ausencia de su isla natal, centrada su vida en otras latitudes, directamente influenciado por el ambiente en que estaba inmerso, supiera que en su isla y en aquellos tiempos se hubiere redescubierto a *Nivaria*<sup>72</sup>—la isla, antes de la conquista—y a *Tinerfe*—el legendario rey—, y en consecuencia estuviese más a la moda el adjetivo *tinerfiano* que el corriente *tinerfeño*, o que del más alto campanario de Santa Cruz o de La Laguna pudiera decirse *la torre más alta de Nivaria*? No entraría en ello la pura

<sup>72</sup> *Nivaria*, sustantivo, aparece ya en el poema *Las Islas Fortunadas*.



intuición. Sin el testimonio de documentos, se hace muy difícil aventurar afirmaciones. Hay que recurrir a las conjeturas, a las hipótesis. Y ya en este terreno, la que me parece más próxima a la verdad histórica, es suponer que Guimerá recibiría en Vendrell el vehículo del renacer literario de Canarias: la prensa.

No es nada improbable, en efecto, que el padre de Angel, don Agustín, recibiera periódicos santacruceros, "El Eco del Comercio" especialmente, teniendo como tenía intereses comerciales en la Isla y contando como contaba con la colaboración de su hermano Isidro y de su tío don Agustín Guimerá y Ramon <sup>73</sup>. No es improbable, tampoco, que Angel recibiera periódicos más específicamente literarios o por lo menos las "páginas literarias" que pudieran publicarse en la prensa diaria, habida cuenta que en la Isla tenía un pariente asimismo contaminado del fervor literario: Agustín Guimerá Castellano, colaborador de "El Teide" bajo el seudónimo de "Gárrulo", autor teatral y cronista en distintos periódicos <sup>74</sup>. Ignoro si entre ambos Guimerá, el ya maduro escritor canario y el joven poeta radicado en Cataluña, existiría una relación suficiente como para explicar el interés y la información de Angel Guimerá sobre el movimiento literario de su Isla; pero no sé resistir a la tentación de relacionar el parentesco y la similitud de aficiones como posible clave para despejar la incógnita.

Lo importante, de todos modos, es el hecho. Guimerá sintió, realmente, el resurgir canario, y en el poema *Al Teide* se expresó como se hubiese expresado en Tenerife. Su canarismo es indiscutible. Y no uso aquí el vocablo en el sentido de nostálgico amor al terruño, sino en el de amor activo—el de todos los poetas que han participado en cualquier movimiento renacentista de cualquier lengua, de cualquier terruño—, es decir, el amor quintaesenciado, idolátrico hacia lo propio y connatural por ese solo motivo de ser propio y connatural. De ahí Tinerfe y de ahí Nivaria. De ahí el concepto de "ídolo triunfante" aplicado al Teide. De ahí el "coloso de la patria mía" y de ahí la invocación desde el "extranjero clima". ¿Es lícito preguntarse cuál habría

<sup>73</sup> Agustín Guimerá y Ramon, el famoso ex marinero y comerciante que enraizó en Tenerife, del que derivan principalmente los Guimerá canarios.

<sup>74</sup> Agustín Guimerá Castellano, hijo mayor de Agustín Guimerá Ramon y el primer Guimerá nacido en Santa Cruz.

sido la significación de Angel Guimerá, poeta canario en Canarias? A mi entender, Guimerá habría gozado de la misma significación de Hombre-Símbolo con que posteriormente le revistió Cataluña. La levadura de Hombre-Símbolo estaba en sí, dentro de sí, y fermentaría al calor del ambiente más próximo, más directamente influyente. Y le tocó en suerte a Cataluña el beneficiarse de la capacidad de amor, de donación, de entusiasmo, de fuerza creadora que henchía el alma de Angel Guimerá.

*Los últimos destellos.*

En 1867 y a los veintidós años, prácticamente aislado en Vendrell, sin contactos directos intensos en los medios literarios así canarios como catalanes, a Guimerá le era muy difícil tomar una posición. Expresábase por intuición, por mero impulso sentimental. Ya dije antes que, en Guimerá, el regionalismo era nato. Habíalo manifestado en el poema *Al Teide* sin prejuicios, sin ideas preconcebidas, espontáneamente y casi diría ingenuamente. Por las mismas razones dejó de insistir en el tema, aunque persistiera en la línea emotiva que había desencadenado su regionalismo canario: el honrar, poéticamente, el recuerdo del hermano difunto. Tal es el móvil del siguiente poema—siguiente asimismo en orden en el volumen autógrafo—, en el que a pesar de la ausencia de alusiones locales concretas, Tenerife está tácitamente designado desde aquellos ocasos atlánticos tan significativos hasta la apelación más definitiva y sustancial de “mi patria”:

DESENGAÑO

Dime, padre: ¿por qué lloras?  
 ¿Por qué tu mejilla escarchan  
 esas lágrimas ardientes  
 con el brillo de la plata?  
 ¿Y por qué dando suspiros  
 allí fijas la mirada;  
 allí, donde el sol se pierde  
 en las olas de oro y grana?  
 Y luego, ¿por qué la inclinas  
 murmurando una plegaria?

—No conoces, hijo mío,  
las desventuras del alma.

Di, padre: ¿por qué la rosa  
hoy sus pétalos desmaya  
rindiendo al céfiro humilde  
el tributo de sus gracias?  
Ayer del sol las caricias  
abrió su corola blanca;  
hoy las caricias del sol  
son ¡ay! caricias que matan.  
Di, padre: ¿por qué su luz  
es faro de la inconstancia?  
—No comprendes, hijo mío,  
las desventuras del alma.

Así en la arenosa orilla  
de los mares de mi patria  
en las horas infantiles  
con mi padre razonaba;  
y al oír su triste acento  
y al mirar rodar sus lágrimas,  
en vano corrí los ojos  
por las rocas de la playa,  
por el claro <sup>75</sup> firmamento,  
y en el sol que agonizaba,  
demandando a todos ellos  
qué es desventura del alma.

Hoy también el mismo sol  
se despide de esta playa,  
lanzando tristes reflejos  
al abismarse en las aguas.  
Un tiempo su lumbre pura  
besó mis hebras doradas;  
hoy se aparta desdeñoso  
porque las mira de plata;  
¿y sabéis por qué mis ojos  
ven luto tras de las lágrimas?  
Es que estoy solo y comprendo  
las desventuras del alma.

Tal vez pueda señalarse este poema como el más remoto precedente de aquellas hábiles mixtificaciones que caracterizan la producción considerada autobiográfica de Guimerá. No porque en él se con-

<sup>75</sup> Literalmente: *craro*.

tengan elementos de filiación vendrellense en mescolanza con otros de factura canaria, sino por la desbordada fantasía que constituye su eje. Sólo Dios sabe si en las horas infantiles y en la arenosa orilla de los mares de su patria, Guimerá preguntó a su padre <sup>76</sup> acerca de alguna preocupación que ensombreciera su semblante, obteniendo una respuesta más o menos análoga a la que aparece constantemente en el poema; una respuesta poco asequible a una mentalidad infantil, y que confiere valor psicológico a la segunda mitad de la penúltima estrofa al demandar a los distintos elementos del paisaje—y entre ellos a las rocas de la playa, es decir, a las rocas de Añaza—qué serían las desventuras del alma. No es menester, en cambio, ampararse al testimonio de Dios para asegurar que las doradas hebras del niño no se habían trocado aún en hebras de plata, puesto que el poeta sólo contaba veintidós años de edad.

Del examen del volumen autógrafo se desprende que el transcrito poema sería el último de la producción castellana de Guimerá con resabios isleños. Siempre hay que admitir, naturalmente, la posibilidad de que Guimerá hubiera escrito otros poemas con alusiones implícitas o explícitas a su tierra natal, y, desestimados en última instancia por su propio autor, no fueron por él incluidos en su volumen autógrafo.

En el año 1867, Angel Guimerá estaba ya preso en las redes de uno de los factores más irresistibles de captación a su nueva patria: el amor. Con mejor fortuna, el amor hubiera precipitado la metamorfosis canario-catalana de Guimerá, dictándole, en castellano o en catalán, composiciones de más altos vuelos. No siendo correspondido por su amada, el amor representó una preocupación para el poeta. Incluso una desesperación. En 1869, cuando la influencia re-nacentista hizo mella en el espíritu de Guimerá convirtiéndole de poeta castellano en poeta bilingüe, la desesperación por la desventura amorosa llegó a su apogeo. En 11 de mayo—el poema está fechado—compuso una despedida en lengua catalana que hace muy verosímil la posibilidad de un proyecto de fuga, de reembarque para Canarias. El poema se titula *Adéu—Adiós—*, y en la primera estrofa, sintéti-

<sup>76</sup> El hecho tendría verosimilitud por cuanto es fama que, en su niñez, Angel Guimerá era extraordinariamente preguntón, y que a su padre le gustaba llevar consigo al hijo en todas las ocasiones posibles.

camente expresados, se consignan los elementos portuarios de Vendrell<sup>77</sup>, la nocturnidad encubridora de la fuga, y, veladamente, el destino:

Sobre les ones  
de la mar brava  
se balandreja  
nau arrogant.  
Rompent la boira  
la lluna guaita  
besar la riba  
petita barca.  
—Adéu, ma aimia,  
en llunyes platges  
per tu m'espera  
sols l'enyorança<sup>78</sup>.

Las lejanas playas del penúltimo verso son las de Tenerife. La afirmación no es gratuita.

Era allí donde pensaba buscar refugio el poeta desventurado en amores, partiendo clandestinamente de Vendrell, venciendo el horror al mar y contando con el amparo de sus parientes enclavados unos y nacidos otros en Santa Cruz. En su poema, Guimerá afecta dejar en rehenes el propio corazón a su amada con el encarecido ruego de guardarlo:

Mes si algun dia  
d'ell te cansaves,  
ai! no me'l tornis,  
nineta, guarda'l;  
que es moriria  
dins de sa pàtria  
trist com les tombes  
que el xiprer guarda<sup>79</sup>.

Por vez primera, y ya puede asegurarse que por única vez, la pa-

<sup>77</sup> Véase nota 56.

<sup>78</sup> "Sobre las olas—del mar bravío—se balancea—nave arrogante.—Rasgando la niebla—la luna mira—besar la ribera—pequeña barca.—Adiós, mi amada,—en lejanas playas—por ti me aguarda—sólo la nostalgia".

<sup>79</sup> "Mas si algún día—de él te cansaras,—ay!, no me lo devuelvas—mi niña, guárdatelo;—que se moriría—dentro de su patria—triste como las tumbas—que el ciprés guarda".

labra *patria*, en la poesía catalana de Guimerá, no significa Cataluña, la patria adoptiva, sino Tenerife, la patria nativa.

Estudiando detenidamente los amores de Angel Guimerá y el significado de sus poesías, llegué al convencimiento de que el poema *Adéu* es la traducción poética de un auténtico pasaje biográfico del poeta. En mi concepto, pues, hubo en la vida de Guimerá un momento, el comprendido entre el 20 de abril y el 11 de mayo de 1869, en que las posibilidades sobre si Guimerá sería una pieza importante en el resurgir literario catalán o en el resurgir literario tinerfeño estaban todas en el fiel de la balanza. Ignoro por qué motivos el desesperado poeta abandonó sus planes; ni sé si—fenómeno muy constante en Guimerá—en su realidad humana los heroicos planes del poema quedaban limitados a simples deseos de hombre tímido. Fué, eso sí, un momento de crisis, en cuya solución se ventilaría no sólo el futuro del hombre, sino el futuro de su poesía. Descubierta o acobardado, Guimerá no embarcó para Canarias. Una nueva crisis, esta vez de manifiesto signo religioso, contribuyó en gran parte para que su familia determinara trasladarse a Barcelona. Y en Barcelona, el entusiástico torbellino de los amigos arrastrándole, Cataluña ganó en la persona de Guimerá al gran poeta que acababa de perder Canarias.

Al poeta, que no al hijo. ¿Hay que recordar con qué pesadumbre se expresaba Guimerá poco antes de su muerte a causa de un fracasado intento para llevar a la escena un asunto isleño? ¿Con qué amor, con qué entusiasmo habría escrito una obra dramática netamente isleña de serle mejor conocidos los amores, los odios, las pasiones de sus coterráneos! ¿Qué pena no haber visto en su vida al Teide! Ni al Teide en su grandeza ni a los hombres en sus pasiones. De Tenerife, Guimerá había traído a Cataluña sólo infantiles sensaciones. Estas no le permitieron honrar a la patria isleña con el genio de su dramática; pero aseguraron en su espíritu el constante recuerdo de la isla natal hasta hacerle proclamar, ya en el umbral de la muerte, la declaración solemne de su naturaleza tinerfeña: "Yo sigo considerándome tan isleño como el que más..."

## A P E N D I C E

Advertida ya la imposibilidad de reproducir íntegramente la producción poética castellana de Angel Guimerá, y para dar idea de su contenido y extensión, daré cuenta de las composiciones que figuran en el volumen autógrafo, reproduciendo la correspondiente primera estrofa y anotando sumarios detalles de orientación para aquellos estudiosos que pudieran interesarse en el aspecto menos conocido de la personalidad de Guimerá. El número de orden no figura en el original.

1. LA CAUTIVA.—Composición reproducida íntegra en el presente trabajo. Publicada por vez primera en mi biografía *Guimerá*. En el volumen autógrafo ocupa los folios 1 a 3.

2. LA AURORA.—Folios 4 a 7.—64 versos, los dieciséis últimos divididos en estrofas de a ocho. *Con rubios cabellos—vestido de grana,—la Aurora galana—el lecho dejó.*

3. EPIGRAMA.—Folio 7.—*Mientras por un lance honroso*, etc. Reproducido íntegro en el presente trabajo; por vez primera en "Gánigo" y luego en mi biografía.

4. A ORILLAS DEL GUADALETE.—Folios 8 a 10.—Reproducido íntegramente y por vez primera en el presente trabajo.

5. EPIGRAMA.—Folio 10.—8 versos; los cuatro primeros: *A un sempiterno glotón—le decía su mujer:—¡Nadie te gana en comer!—¡Nunca estás lleno, Simón?*

6. EL MENDIGO.—Folios 11 a 19.—Reproducido íntegramente y por vez primera en el presente trabajo.

7. CALIPSO.—Folio 20.—Soneto. Reproducido por vez primera en mi biografía. *Ya recorre la orilla reluciente—de los mares, envuelta en largo manto,—Calipso diosa, dando curso al llanto—hermosa cual las perlas del Oriente.*

8. LA VUELTA DEL MARINO.—Folios 21 a 25.—94 versos en estrofas de a cinco, con excepción de la última, cuarteta conteniendo la moraleja. *Bajo toido de verdura—de pámpanos y de flores—una bella criatura—suelta rienda a su tristura—con un lamento de amores.*

9. UNA NOCHE DE VERANO.—Folios 26 a 28.—50 versos en estrofas de a cinco. *¡Cuán bella es la natura—en la noche templada de verano—mientras con leve mano—los campos de verdura—hace mecer un viento de frescura!*

10. AMOR FILIAL.—Folios 29 a 36.—Reproducido íntegramente y por vez primera en el presente trabajo.

11. EL SUEÑO Y LA MUERTE.—Folios 37 a 42.—92 versos en estrofas de a cuatro. Reproducidas las primeras en el presente trabajo.

12. UN LAMENTO.—Folios 42 a 44.—92 versos sin separación de estrofas. *Selva frondosa—pensil ameno—roca escurpada—manso arroyuelo.*

13. AMOR PERDIDO.—Folios 45 a 50.—106 versos en estrofas de a seis, excepto las dos últimas, de a cinco. *Amantina, pura esencia—de virginal hermosura—que un hombre quiso empañar,—al ver su triste existencia—maldice la suerte dura—que le condenó a penar.*

14. EPIGRAMA.—Folio 50. *A un galeno preguntó, etc.*—Reproducido íntegramente y por vez primera en el presente trabajo.

15. NAPOLEON BONAPARTE.—Folio 51.—Soneto. Reproducido por vez primera en mi biografía. *Orgulloso pasea Bonaparte—sus falanges triunfantes desde el Sena—hasta los campos de Austerlitz y Jena—sembrados ya de víctimas de Marte.*

16. DICHA Y DOLOR.—Folios 52 a 55.—68 versos en estrofas de a cuatro. *Cuando entre negros vapores—queda el mundo sepultado—y el hombre al sueño entregado—se olvida de sus dolores.*

17. FANTASIA. EL DUELO.—Folios 56 a 59.—56 versos en estrofas de a cuatro. *Con manto de luto, sembrado de estrellas,—diamantes en brillo del suelo oriental,—llegaba la noche, corriendo en pos de ella,—silencio a la tierra, descanso al mortal.*

18. EPIGRAMA.—Folio 59.—8 versos, cuyos cuatro primeros: *Hay un hombre sanguijuela—que sin gastar una blanca—por todas partes se cuele—y halla siempre mesa franca.*

19. LIDIA.—Folios 60-61.—35 versos en estrofas de a cinco.—*Lidia amó con desvarío—en las horas de la infancia—un doncel de pecho frío—que premiara su constancia—con un perjurio desvío.*

20. LAS ISLAS FORTUNADAS.—Folios 62 a 67.—Reproducido en el presente trabajo, y por vez primera en "Gánigo".

21. EL COLERA.—Folios 68 a 71.—64 versos sin separación de estrofas, los cuarenta primeros eneasilabos, y hexasilabos los restantes. Reproducidos los primeros versos en el presente trabajo.

22. LA MUJER.—Folios 71-72.—24 versos en estrofas de a cuatro.



Reproducido por vez primera en mi biografía. *¿Qué fuera la tierra sin plantas ni flores?—¿Qué fuera el espacio sin aves ni luz?—Fatal esqueleto de tristes colores—oculto en el fondo de un frío ataúd.*

23. EPIGRAMA. A UN ESCLAVO.—Folio 72.—Quintilla que reproduce íntegra y se publica por vez primera: *Nací, sufrí, morí. Tal fué mi historia.—Escrita la hallarás por todo clima—con sangre de cruel ejecutoria;—mas nadie la conserva en la memoria,—que el nombre del esclavo no se estima.*

24. A POLONIA.—Folio 73.—Soneto. *¿Por qué gimes, ¡oh madre!/? ¿Por qué el llanto—a raudales corriendo de tus ojos—marchita tu hermosura y en abrojos—se convierten las flores de tu encanto?*

25. EL NAUFRAGIO.—Folios 74 a 77.—64 versos en estrofas de a cuatro. *¡Ay del triste marinero—que boga en el mar profundo!—¡Lejos del poblado mundo—sin más amparo que Dios!*

26. CUENTO PASTORIL.—Folios 77 a 80.—64 versos en estrofas de a cuatro. *Bajo la sombra de feraz colina—que el austro riza con su voz vibrante—va corriendo una fuente cristalina—como cinta de sedas ondulante.*

27. ORIENTAL.—Folios 81 a 85.—94 versos en estrofas de a cuatro; seis de ellas endecasílabas, y las restantes octosílabas. *Hay en un sitio salvaje—una selva de palmeras—cuyas frentes altaneras—cubre liviano vapor.*

28. A UNA FLOR.—Folio 86.—Reproducido íntegramente y por vez primera en el presente trabajo.

29. LAS RUINAS DEL CASTILLO DE BELLVEY.—Folios 87 a 89.—Reproducido íntegramente y por vez primera en el presente trabajo.

30. RECUERDO.—Folios 90 a 92.—48 versos en estrofas de a seis. *Recuerdo del alma mía—que te pierdes en las olas—como el sol de un triste día,—dã a las costas españolas:—¿por qué están desiertas, solas,—con negra melancolía?*

31. CANTAR.—Folio 92.—Cuarteta, publicada por vez primera en mi biografía. *Es tu lágrima una perla—en los mares del pesar;—quien la sacó de su concha—no sabe lo que es llorar.*

32. A MI AMIGO DON JAIME RAMON.—Folio 93.—Soneto. Reproducido por vez primera en mi biografía. *¿Qué es la vida del hombre en este suelo—entregado en los brazos de la prosa?—Una senda trillada y arenosa,—revestida de abrojos y de hielo.*

33. LA DESPEDIDA.—Folios 94 a 97.—60 versos en estrofas de a seis. *Al pie de agigantada fortaleza—que levanta a las nubes su grandeza—revestida de negros torreones,—se halla un doncel de apuesta donosura—envuelto en acerada vestidura—que produce discordes vibraciones.*

34. LA PLEGARIA.—Folios 98-99.—28 versos en estrofas de a cuatro. Reproducida la primera en el presente trabajo.

35. EL BARON FUERTE.—Folios 100 a 104.—82 versos en tres estrofas de a cuatro y siete de a diez. Reproducidas las primeras en el presente trabajo.

36. CANTARES.—Folio 104.—Dos, cuartetos, ambos reproducidos en el presente trabajo; el primero (*Hace tres meses que lloro, etc.*) publicado por vez primera en mi biografía; el segundo (*Ocultas niña en tus labios, etc.*) se publica en este trabajo por vez primera.

37. UN RESTO DE FEUDALISMO.—Folios 105 a 113.—168 versos en estrofas de a ocho. Los cuatro primeros versos: *¡Cuán fría está la noche! El roneo trueno—rueda en un monte de nevada toca—cual arábigo bruto que sin freno—entre peña y maleza se desboca.*

38. LA GUERRA.—Folios 114 a 117.—78 versos en estrofas de a seis. *¿No oís por los confines de la sierra—bronco alarido del clarín de guerra,—redoble de tambor?—¿Y voces de exterminio, de matanza,—y gritos lastimeros de venganza,—con ayes de dolor?*

39. EL PASTOR.—Folios 118-119.—Reproducido íntegramente y por vez primera en el presente trabajo.

40. CANTARES.—Folios 120-121.—Contiene ocho, algunos publicados por vez primera en mi biografía, y el cuarto y el quinto (*Eres fría y desdeñosa, etc.; A tu puerta el viento gime, etc.*) reproducidos en el presente trabajo, por vez primera el últimamente citado.

41. DESDEN.—Folios 122-123.—28 versos en estrofas de a cuatro. *Blanco es tu rostro, como la espuma—que forma el agua contra el bajel;—y tus cabellos son negra bruma—que orlan tu frente como dosel.*

42. A LEONOR. EPITAFIO.—Folio 123.—Quintilla que reproduzco íntegra y por vez primera. *En la tumba de mi amor—llorad, cipreses; no importa—que así os encuentre el albor—que más lloró Leonor,—y su vida fué tan corta.*

43. EL ALBA.—Folio 124.—16 versos en estrofas de a cuatro. *Gime la fuente tranquila,—suspira el aura en el monte—si oculta en el horizonte—el sol la ardiente pupila.*

44. CANTARES.—Folios 125 a 128.—Serie de diecisiete, algunos de los cuales publicados por vez primera en mi biografía; el tercero (*Llevo en los ojos tu imagen, etc.*) se reproduce por vez primera en el presente trabajo.

45. EL ANGEL DE VENDRELL.—Folios 129 a 134.—124 versos en estrofas de a cuatro, cinco de ellas reproducidas en el presente trabajo.

46. DEDICADA A MI HERMANO JULIO.—Folios 135-136.—Repro-

ducida por vez primera por Cubas en el *Epistolari* citado y bajo el título *El llanto de Elena*; por mí en "Gánigo", en mi biografía, y también en el presente trabajo.

47. DESESPERACION.—Folio 137.—Reproducida por vez primera en el presente trabajo.

48. AL TEIDE. EN LA MUERTE DE MI HERMANO.—Folios 138 a 141.—Reproducida por vez primera en "Gánigo", en mi biografía, y en el presente trabajo.

49. DESENGAÑO.—Folios 142 a 144.—Reproducido en "Gánigo" por vez primera, y también en el presente trabajo.

50. CANTAR.—Folios 144-145.—20 versos en estrofas de a cinco. *¿Me preguntas si adivino—lo que canta el ruiseñor—en el arroyo vecino?—Pues, escucha, que su trino—se refiere a nuestro amor.*

51. LA GITANA DE SEVILLA.—Folios 146-147.—40 versos en estrofas de a cinco.—*Por el barrio de Triana—marcha con planta insegura—una miserable anciana.—Gitana, pobre gitana,—dime la buena ventura.*

52. A UNA ROSA.—Folios 148-149.—24 versos en estrofas de a cuatro. *Jardinera candorosa,—respóndeme por tu vida:—¿cuál es la flor más hermosa?—¿Será la rosa encendida?*

53. SOLEDAD.—Folios 149 a 151.—40 versos en estrofas de a cuatro. *Yace la noche tranquila;—la luna con blanco traje—muestra su triste pupila—entre selvas de follaje.*

54. LOS SUSPIROS DE ELISA.—Folios 152-153.—36 versos en estrofas de a cuatro. *Entre quejas vacilantes—de las auras armoniosas—abren su pecho las rosas—a cantáridas brillantes.*

55. FLORES DEL CORAZON.—Folios 154-155.—30 versos en estrofas de a cinco. *En el jardín del amor—plantada en los corazones—con perfume embriagador—levanta el pecho una flor:—la flor de las ilusiones.*

56. UN BIEN PERDIDO.—Folios 156 a 159.—68 versos en estrofas de a cuatro, reproducida la primera en el presente trabajo.

57. HIMNO. ESPAÑA LIBRE.—Folios 160-161.—28 versos en estrofas de a cuatro, reproducido por vez primera en mi biografía. *En la orilla del Betis se orea—sangre noble del pueblo español;—en el puente inmortal de Alcolea—destrozado quedó el opresor.*

58. CANTARES.—Folios 162 a 169, más dos páginas no numeradas, correspondientes a los folios 166 bis y 167 bis. Integran la colección 51 cantares, encabezados por uno en idioma catalán, al que corresponde el valor de considerar como el primer ensayo de Guimerá en su nueva lengua. Asimismo aparecen en catalán el sexto y el octavo. Los 48 restantes, en cas-

tellano. Algunos han aparecido por vez primera en mi biografía, y en el presente trabajo se incluyen cinco: *En los pensiles las rosas*, etc.; *Sólo es feliz el esclavo*, etc.; *Sabes niña que el reloj*, etc.; *Nuestras almas son dos llamas*, etc., y *Era mi alma un laúd*, etc.

59. PENSAMIENTO.—Folios 170-171.—30 versos en estrofas de a cinco. *¿Has amado, niña hermosa?—¿Yo?, nunca: sábelo Dios.—La vida es tan enojosa—sin sueños color de rosa...—¿Tenéis esos sueños vos?*

60. LA NIÑA TRISTE.—Folio 172.—16 versos en estrofas de a cuatro. *¡Pobre de mí, que vivo—sin esperanza, loca de amor!—¡Pobre del alma mía,—llevada siempre por el dolor!*

61. CANTAR.—Folio 173.—16 versos en estrofas de a ocho. Los cuatro primeros: *Cual rayo de los cielos—pasó ya mi ventura;—la mano de los celos—hoy en mi alma—clava un puñal.*

62. A MARIA. HIMNO CANTADO POR VARIAS JOVENES, EN LA NOVENA DE LOS DOLORES, EN VENDRELL.—Folios 174-175.—28 versos en estrofas de a cuatro. *Virgen santa, si tiendes los brazos—al mortal que de ti se apartó—yo te ruego dirijas mis pasos—por la senda que Cristo trazó.*

63. LA CAMPANA.—Folios 176 a 178.—60 versos en estrofas de a cinco. *Esos trémulos acentos—de la campana sonora—son en alas de los vientos—los alaridos violentos—de un ser que canta o que llora.*

64. CANTARES.—Folios 179 a 181.—Serie de trece, los dos últimos en lengua catalana. El primero: *Es la ausencia una mujer—triste, vacilante y pálida;—en los embates del tiempo—la sostiene la esperanza.*

En este punto se interrumpe la continuidad de la poesía castellana de Guimerá, salvando, naturalmente, los escasos cantares que ya he indicado en las correspondientes series. Los poemas que siguen están en gran parte fechados, y señalan el año 1869 como el decisivo para Guimerá. Ya poeta bilingüe, las producciones de esta época acusan preponderancia de las escritas en idioma catalán. A los fines del presente Apéndice, se omite la producción catalana; la correlatividad en el número de orden está, pues, sólo en relación con la producción castellana de Guimerá.

65. A UN CORAZON DE HIELO.—Folios 186 a 188.—Reproducida por vez primera en mi biografía, y también íntegramente en el presente trabajo.

66. VIVIR ES PENAR.—Folios 216-217.—Reproducida íntegramente y por vez primera en el presente trabajo.

67. EL CARLISMO. HIMNO.—Folios 218-219.—32 versos en estrofas de a ocho. Los cuatro primeros: *¿De do viene ese grito de guerra—que enardece a la indómita España?—Tras el alto Pirene, la saña—ciega a un pueblo*<sup>80</sup> *falsario y cruel.*

68. PRIMER AMOR (PARA CANTO).—Folios 220-221.—Reproducido íntegramente y por vez primera en el presente trabajo.

69. LA MONJA. CANCION.—Folio 224.—16 versos en estrofas de a cuatro. *Quien dice que el claustro—da paz y da calma—helando su nieve—mortal corazón—que rasgue mi seno—que lea en el alma—si lejos del mundo—murió la pasión.*

70. UN BESO.—Folio 234.—16 versos en estrofas de a cuatro. Reproducido por vez primera en mi biografía. *En un beso sin agravios—yo te diera amor y fe;—por un beso de tus labios—alma y vida te daré.*

71. LA LUNA DE MIEL. CANCION.—Folios 235-236.—28 versos en estrofas de a ocho y de a seis alternadas. Los cuatro primeros: *Vamos, compañera—por la selva umbría;—nuestro paso guía—el dios del amor.*

72. A D. H.—Folios 279-280.—30 versos en estrofas de a cinco. Publicada por vez primera en “Gánigo” y luego en mi biografía. *Si nace en la fantasía—un eco en el corazón—sin dar al seno alegría—ni engendrar melancolía—es ilusión.*

Esta última composición está fechada en catalán y con un localismo barcelonés: 2 *jurjol* (julio) 1870. Probablemente se trata de la contribución—¿la primera?—de Guimerá al álbum de algún admirador o admiradora, cuyo nombre no me ha sido posible identificar al través de las iniciales que constituyen el título. Es asimismo la última poesía escrita por Guimerá en lengua castellana. En julio de 1870 Guimerá ya había publicado algunas poesías en catalán en el periódico “La Gramalla”, es decir: se había ya incorporado, plenamente y entusiásticamente, al movimiento de la *Renaixença*.

<sup>80</sup> Variante en el mismo autógrafo: *ciega a un bando*.